



La Huérfana

ROTA

Romance Oscuro y BDSM con
la Chica Virgen

MAGENTA PERALES



LA HUÉRFANA ROTA

Romance Oscuro y BDSM con la Chica Virgen



Por Magenta Perales

© Magenta Perales 2019.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Magenta Perales.

Primera Edición.

Dedicado a Rae, Giulia, Kristina y Aurea

I

La lluvia era intensa, muy fuerte. Los relámpagos y los truenos rompían las nubes, los rayos se asomaban cada vez con más fuerza. La noche estaba más silenciosa y sola que nunca, ningún alma se atrevería a salir para encontrarse con ese diluvio... Salvo por esa mujer.

Estaba empapada y sola. Miraba compulsivamente hacia todas partes, como si temiera que alguien la viera pero no fue así. Quizás se trataba de esa paranoia que no la dejaba en paz.

Sus lágrimas se mezclaban con las gotas de agua. Mientras, sus brazos apretaban con fuerza un bulto perfectamente envuelto. Dio unos cuantos pasos y se refugió momentáneamente debajo del toldo de una pastelería. Estaba cerca de la iglesia, no faltaba mucho para llegar.

Cuando menguó la lluvia, salió con la misma prisa del principio y se acercó hacia las grandes puertas de madera maciza de ese lugar, una catedral dirigida por un grupo de monjas. Ella las conocía y pensó que esas mujeres de Dios podrían cuidar a su preciosa carga.

Se acercó tanto como pudo y se alivió al saber que había un espacio seco y libre de humedad. Entonces se agachó con cuidado y mientras lo hacía, decía unas palabras incomprensibles.

Cuando dejó a esa bebé en el suelo, se aseguró de que estuviera bien abrigada. Le acarició una de sus mejillas para calmar el llanto. Se quedó un rato junto a ella hasta que extrajo un sobre pequeño y lo dejó sobre el cuerpecito de la niña. Comenzó a llorar de nuevo en silencio y con la amargura en el corazón.

Finalmente, se levantó poco a poco, estiró la mano para hacer un par de toques sobre la puerta para luego alejarse de su hija. Supo que más nunca la volvería a ver. Se giró entonces con rapidez y salió corriendo, sin mirar atrás.

Minutos después una monja abrió la puerta con cierto recelo, al no ver a nadie, se dispuso a cerrar pero se dio cuenta que había un bebé en suelo con una nota cerca. La tomó entre sus brazos e ingresó de inmediato porque la tempestad no paró en ningún momento.

Un par de religiosas más se unieron a ella con expresión de sorpresa.

—Oh no...

—Sí... Es el segundo bebé que nos traen en el mes. Dios mío, ten piedad de estas criaturas. —Dijo la monja que tenía la bebé en brazos.

—Aquí parece que hay una carta. Permítemela para leerla.

La tercera en cuestión tomó la nota y la desplegó con cuidado porque aún estaba mojada. Se encontró con un mensaje corto escrito con bolígrafo azul que ya empezaba correrse a un lado.

“Por favor, cuiden a mi hija tanto como sea posible. No la puedo tener conmigo, por eso me vi en la obligación de dejarla. Le he llamado Samantha. Por favor, les ruego, cuídenla”.

La mujer terminó de leer y en seguida se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No es justo que estos seres tengan que pasar por esto. No es justo.

—Nosotras estamos para llevar a cabo la voluntad de Dios tanto como sea posible. Trataremos de cuidarla mientras se nos permita.

Quizás era ironía de la vida pero Samantha, de alguna manera u otra, estaría rodeada de tormentas y de momentos duros. Aun siendo bebé, las hermanas de la catedral se encargaron de sus cuidados hasta que los Servicios Sociales se encargaron de tomar la custodia de la criatura. Como era una bebé, las posibilidades de que alguien la adoptara con rapidez aumentaban considerablemente.

El día que las religiosas se despidieron de ella con tan sólo ocho meses, hubo lágrimas y dolor. La niña, inocente de todo, sólo repartía sonrisas y saludos con su pequeña mano.

Como supuso Servicios Sociales, una pareja se enamoró de Samantha y se la llevó consigo cuando faltaba poco para que cumpliera los 9 meses. Los padres primerizos la llevaron a su nuevo hogar y pareció que el panorama se veía perfecto. La niña por fin tenía una familia que la quería.

Las cosas marcharon bien por unos años. Sin embargo, cuando Samantha cumplió los cuatro años, su mirada pasó de juguetona y dulce, a triste y casi amargada. Lloraba de manera inconsolable y no había manera de animarla.

Sus padres pensaron que se trataba de una temporada hasta que la situación empeoró a tal punto que la llevaron a un terapeuta.

—Todo parece indicar que padece de depresión.

La noticia les cayó como una bomba. Un duro golpe para el corazón. No obstante, se propusieron hacer lo posible para prestar la ayuda necesaria... Aunque no funcionó.

Como no pudieron manejarla más, decidieron que no querían tener más la

custodia de la niña, por lo que ella pasó directamente a Servicios Sociales. De nuevo, al punto de partida.

Otra pareja se entusiasmó con la idea de adoptar y pensaron que ella era la persona ideal para que formara parte de su familia. Así que se fue a casa y el ciclo se manifestó una vez más: un periodo de felicidad seguido por la catástrofe.

Tres años después, Samantha de siete años quedó sin familia gracias a su depresión que parecía ser muy compleja y debido a los dos abandonos que sufrió. Servicios Sociales hizo un tercer intento para con ella, sobre todo porque, dentro de todo, era una buena niña: tranquila y estudiosa. Sólo que parecía estar marcada por el dolor.

La volvieron a adoptar pero el récord se quedó en dos años. Esta vez, los padres afirmaron que no se harían más cargo de ella porque en la forma del Estado “no se mencionó que la niña fuera tan problemática”.

Como se acabaron las opciones, fue enviada a una casa de acogida. Con sólo nueve años, Samantha, como si estuviera llevada por alguna especie de fuerza sobre natural, hizo lo posible por escapar. Estaba dando muestras de los primeros signos de descontrol y de rebeldía.

Servicios Sociales la reasignó a otro lugar, a las afueras de la ciudad, con el pretexto de que un poco de aire fresco y campo fueran suficientes como para menguar un poco el brío de la niña.

La fórmula pareció funcionar por un tiempo. De hecho, estuvo en ese lugar ayudando en los quehaceres de la granja que estaba cerca, el estar con animales pareció la mejor terapia del mundo.

Los días más felices de Samantha transcurrieron durante esa época. Solía correr por los maizales y pararse en seco para luego echarse sobre el suelo y mirar el atardecer. En su piel sentía la picadura de las hormigas pero ese dolor no le incomodaba porque se sentía libre.

Con el transcurso del tiempo, Samantha se volvió una joven muy bonita. De piel tostada, gracias a sus largas horas bajo el sol, el cabello negro, liso y largo, ojos grandes oscuros, la nariz recta y unas cuantas pecas. Además, su pequeña figura ocultaba el hecho de que era una persona realmente fuerte.

La chica pensó que su vida transcurriría en la tranquilidad de ese lugar. No obstante, volvieron los demonios que la habían acechado de niña. La depresión se manifestó con más fuerza que nunca y eso empeoró gracias a sus cambios hormonales.

Estaba confundida, perdida y ansiosa por saber su verdadera identidad.

Envidiaba a los chicos que tenían familia y se preguntaba constantemente por qué no le había tocado esa clase de suerte. Quería saber por qué no era capaz de encontrar un poco de felicidad.

Las tormentas que estaban en su cabeza fueron tan fuertes que la arrastraron de nuevo a una serie de comportamientos erráticos: dejó de ayudar en la granja, estaba irritable prácticamente la mayor cantidad del tiempo y prefería no comer. Estaba inmersa en un hoyo que parecía que no saldría de allí.

Fue entonces cuando Servicios Sociales hizo un último movimiento, la trasladó a un centro de jóvenes para que al menos tuviera la posibilidad de recibir ayuda psicológica.

Uno de los recuerdos más tristes que tuvo Samantha fue el ver cómo lo más cercano que había sido su hogar, se diluyó poco a poco en el horizonte. El coche que la llevaba de nuevo a la ciudad, fue aquello que hizo que ella perdiera con lo único que tenía en la vida.

El reformatorio quedaba en el centro de la ciudad, a pesar de lo que ella supuso. Lo que le llamó la atención fue el color de las paredes del edificio. Bueno, en realidad del aspecto de lugar en general.

Lucía como un enorme bloque de color gris, con las ventanas pequeñas en forma vertical y con rejas como si hiciera necesario asegurarlas. Nadie se escaparía de allí, así se lo planteara como un objetivo en la vida.

La puerta era singularmente enorme, hecha de un metal pesado y grueso. Se dio cuenta de ello porque el sonido que hizo al abrirse se lo confirmó. La mujer de Servicios Sociales la tomaba del brazo para llevarla hacia el interior. Lo que no sabía Samantha era que esa misma persona se había encargado de ella desde que era bebé.

—Bien, Sam. No puedo negar que lamento que las cosas hayan terminado de esta manera. Créeme que siempre he pensado que mereces un buen lugar para quedarte y quizás este no sea para ti. No obstante, no puedo exponerte y tampoco puedo hacerlo con las personas que se hacen responsables de ti. Creo que mi error no fue buscar bien... Yo, yo quise que las cosas se dieran diferentes.

Fue la primera vez en mucho tiempo que alguien le dedicaba palabras dulces y verdaderamente amables. Samantha se quedó en silencio porque sintió pena por todos los problemas que tuvo. Hizo el intento de hablar pero las palabras no le salían bajo ningún motivo, sólo tenía la cabeza gacha y la expresión compungida. Después de un momento, miró a su acompañante y

reunió el valor para hablar:

—La culpa es mía. Siento que arrastro las pocas cosas que quiero a un punto en donde pierdo todo. A veces me pregunto por qué lo hago, o si aquello corresponde a alguna necesidad que no sé. Esto me hace sentir estúpida y también perdida. Sí, la culpa es mía. —Dijo ella como pudo.

—No, no lo es, Sam. No te preocupes. Haré lo posible por apoyarte. Sé que tienes un gran corazón. Lo sé.

Esas palabras sonaban esperanzadoras pero Samantha sabía que ella estaba sumida hasta el cuello. Su vida era un desastre y lo fue desde el día de su nacimiento. Tenía una marca que no podía quitarse, así que pensó que lo mejor que podía hacer era aceptarla plenamente.

Una mujer con una expresión de pocos amigos y de lentes gruesos, inscribió el ingreso de Samantha, mientras se tomaba todo el tiempo del mundo. Tecleó su nombre en la computadora y preparó una carpeta con sus datos.

—A partir de este momento, tendrás un registro digital y en físico de todo lo que hagas aquí. Estos, a su vez, también quedaran almacenados en una base de datos del Estado.

Sacó la mano de la ventanilla y le extendió un carné con su nombre y con un número de identificación. Era casi como sentirse en prisión. Samantha tomó el trozo de plástico con interés, hasta que sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz pesada de la mujer.

—En unos días organizaremos una jornada para tomar fotos. Cada cierto tiempo tenemos que actualizar el archivo. Tienes que ir temprano porque, de lo contrario, tendremos que reprogramar una cita y eso implica gastos de tiempo y energía. Así que se agradece la puntualidad.

Samantha solo asintió. La mujer de Servicios Sociales no pudo evitar arrugar la cara pero no le quedó de otra que mantenerse en silencio. Debía que mantener las buenas relaciones dentro de todo.

Luego de algunos trámites más, Samantha descubrió que tuvo la suerte de que el sistema del reformatorio estaba cambiando, por lo que los chicos que estaban quedándose allí, ahora tendrían su propio espacio. Aunque fue mínimo, eso se sintió casi como ganarle un poco a las circunstancias.

—Estaré pendiente de ti, Sam. Trataré de estarlo lo más que pueda. De resto, piensa que aquí tendrás lo que necesitas para tu tratamiento y para tu educación. Por favor, no desperdicies la oportunidad.

Samantha asintió con desgano al sentarse al borde la cama en esa

habitación pequeña. Se despidió con amabilidad y se quedó mirando la ventana vertical y estrecha para sentir que al menos la luz del sol le diera un poco de calor.

Se encontró sola, más sola que nunca. Las paredes blancas tampoco la hacían sentir mejor, menos la cama dura y las sábanas de color gris opaco. Al frente se dio cuenta que tenía una pequeña mesa de madera y una lámpara.

Llevó la vista hasta la mesita de noche que estaba cerca de su pierna izquierda, y notó que sobre esta se encontraban los horarios de comida, clases, baño, y sueño. Todo se veía tan estructurado que sintió que le faltaba el aire.

Al recordar la grandeza de los maizales, el brillo del cielo y las nubes blancas y esponjosas, el dolor de los brazos luego de barrer el establo y el sudor de la frente por haber trabajado largas jornadas, fue la primera vez que Samantha lloró desconsoladamente.

A los pocos días, ella aprendió su nueva rutina, la cual no sólo incluía las clases, sino también las sesiones que tenía con la psiquiatra del lugar quien, por cierto, le diagnosticó con un tipo de depresión severa.

—Lo mejor que puedo hacer por ti es recetarte medicación para que puedas rendir mejor en tus actividades.

Como se trataba de un lugar pagado por el Estado, no pasó demasiado tiempo para que Samantha pudiera contar con sus pastillas. De hecho, fue tan rápido que dos días después estaba medicándose.

La tristeza que tenía parecía entremezclarse con la sensación de letargo de las pastillas. Era una sensación extraña porque la hacía sentir que estaba perpetuamente en un sueño, como en una fantasía.

Así estuviera en clases o en su habitación, parecía disfrutar de la experiencia de perderse un poco, de desconectarse de la realidad. Lo cierto es que gracias a que muchos sentimientos se habían removido por la terapia, así como su situación actual, fueras causas suficientes para que ella consumiera una gran cantidad de píldoras.

Estaba harta de vivir y pensó que aquella sería una buena alternativa. No obstante, uno de los centinelas la encontró inconsciente en la habitación, aunque con la respiración débil.

La llevaron a un hospital cercano y le hicieron un lavado de estómago. En ese momento, el médico de turno descubrió unas marcas de cortaduras y remitió su informe a la psiquiatra del centro. Eso bastó para que Samantha estuviera vigilada prácticamente todo el día, todos los días.

A pesar de todo, el tiempo transcurrió con rapidez. De alguna manera, su

depresión se hizo controlable, a tal punto que comenzó a participar en varias actividades extracurriculares. Incluso, llegó a ser capitana del equipo de voleibol.

Ella se construyó una especie de rutina que le funcionó por un tiempo y se refugió en eso, no obstante, no le dio tiempo para siquiera disfrutar de ello porque se percató que no faltaba poco para que cumpliera la mayoría de edad... Y eso significaba enfrentar una situación un nivel mayor de dificultad.

No podía dejar de pensar en ello, básicamente porque no tenía lugar para dónde ir. Una persona como ella, dejada completamente a su buena suerte, estaba más desamparada que nunca. Ni siquiera tenía suficiente pasta para alquilar un sitio. No, nada. Absolutamente nada. Entonces esperó el momento que no pensó que llegaría... Al menos no tan rápido.

La misma mujer de expresión neutra y de lentes gruesos fue la que se encargó de darle el comprobante de salida. Ella tomó la hoja entre sus dedos y volvió a quedarse perpleja, como si se hubiera perdido allí.

—¿Ya recogiste todas tus cosas? —Dijo ella con voz monótona.

—Sí. Todo. —Respondió Samantha con el mismo desgano.

—Bien, dentro de poco vendrán por ti y te dejarán en donde desees. Recuerda que debes llevar contigo parte del informe médico para que puedas pedir las medicinas en el hospital.

—Vale. Gracias.

Samantha se giró y fue de nuevo a lo que había sido su habitación. Inesperadamente, ese lugar de paredes blancas y sábanas grises, se había convertido en su hogar durante todos los años que permaneció allí.

Miró por un rato largo el escritorio de madera y esa lámpara pequeña que estaba sobre ella. Samantha no recordó el momento que tuvo que recoger sus pocas cosas pero supo que lo había hecho rápidamente. Bueno, eso también se debió a que no quiso darle más largas al asunto.

Miró la ventana como solía hacer y recordó el momento en el que estuvo en ese mismo punto cuando ingresó. Fue una extraña sensación de que estaba repitiéndolo todo y que parecía que no podía escapar de ese círculo por más que quisiera.

Minutos después, le avisaron que era momento de irse, por lo que tomó el pequeño bolso y bajó para encontrarse con la persona que la llevaría al lugar que quisiera. Lo cierto fue que se decantó por un hostel en el centro de la ciudad, cuyo precio era más o menos manejable para ella.

Extendió un trozo de papel con la dirección y se dispuso a salir. Mientras

lo hacía, notó que el centro era mucho más oscuro y triste de lo que pensaba. A pesar que ese lugar albergaba también a chicos difíciles como ella, parecía que predominaba esa sensación de pesadez y melancolía.

En cuanto salió, sintió los primeros rayos del sol de la primavera. Por alguna razón, tuvo un poco de esperanza, incluso se sintió como la persona más poderosa del mundo.

Se subió a ese coche que ya estaba bastante viejo, y echó un último vistazo a ese enorme edificio gris con aspecto de bloque pesado. Quizás lo extrañaría, quizás no. No estaba demasiado segura. Tampoco quiso pensar.

El coche arrancó y Samantha supo que su vida estaba tomando un rumbo hacia lo desconocido. No es que no lo fuera de esa forma pero ahora estaba plenamente consciente. Anteriormente, su destino era manejado por alguien más, por un ente externo y prácticamente era obligada a aceptar sus condiciones.

No obstante, ahora lo que le resultaba intimidante era el hecho de que las fichas la tenía ella y no tenía muy claro qué hacer. Mientras, se distrajo un poco con la vista de la ciudad y de aquellas cosas que se había perdido durante largos años.

Lo único más o menos vívido eran los flashes que tenía de la época que vivía en el campo, siempre se sintió conmovida por lo que tenía frente a ella, la tranquilidad de las cosas y el aire puro. Su nuevo entorno, aunque diferente, también le llamaba la atención.

Los coches, el sonido del claxon, los semáforos, las tías vestidas de trajes elegantes o con jeans desgarrados, los hombres con portafolios de cuero o con crestas altísimas de colores. Niños con uniforme y otros que corrían por las aceras a toda velocidad. De fondo, una especie de capa densa que dibujaba la contaminación de allí.

Como el tráfico estaba pesado, ellos tardaron más de lo pensado. Un par de horas después, ya estaba frente a la puerta del hostel. Respiró profundo y entró con la esperanza de encontrar un lugar para dormir, al menos por unos cuantos días.

Pidió la habitación más barata y eso se tradujo a un espacio reducido, quizás un poco más pequeño que el cuarto del centro. No obstante, se alegró porque se dio cuenta que su plan al menos estaba caminando un poco.

Dejó la maleta sobre la cama y se preparó para ir a buscar trabajo. No tenía idea de cómo, pero tenía que asegurarse comida, hospedaje y un poco de tranquilidad mental.

Tras haber caminado por largas horas y haberse perdido una infinidad de veces, Samantha no encontró un lugar para ella. De hecho, hizo lo posible por sonar convincente y preparada. Pero lo cierto fue que el haber pasado tanto tiempo aislada del mundo, no tenía ni idea de cómo podían funcionar las cosas.

La cuenta comenzó su marcha. La presión por hallar algo que le diera la sensación de estabilidad. En ese momento estaba sentada en un banco de una enorme plaza. Estaba rodeada de personas que no paraban de hablar, ella tomó aquello como el ruido que necesitaba escuchar para no oír a sus propios pensamientos.

Tiempo después, se levantó y comenzó a deambular por las calles, no tenía rumbo fijo y quería dejarse llevar porque necesitaba tiempo para pensar. Recorrió calles y rincones de todas las formas y estilos. Exploró vecindarios lujosos y hasta lo más pobres.

Siguió andando hasta que se topó con una especie de puerta de color negro incrustada en una pared del mismo color. Estuvo a punto de pasar de largo hasta que vio un afiche colgado en una pared lateral del local.

“Se buscan chicas”.

No había más información salvo por la hora de atención. Notó que aún estaba claro, así que aprovechó para tocar la puerta con fuerza. No tenía nada que perder, lo peor que le podrían decir era que no y ella estaba familiarizada con los rechazos.

Esperó un momento hasta que abrió la puerta un hombre alto, calvo y gordo. Tenía lentes oscuros y estaba vestido de camiseta negra y jeans. Samantha tuvo ganas de salir corriendo pero por alguna razón, sus pies se quedaron anclados allí, como un par de plomos.

—Ho—hola, vengo por el anuncio... —Dijo entre titubeos.

El hombre la miró de abajo hacia arriba por un largo rato. La chica hizo un enorme esfuerzo por no ponerse a temblar, así que se plantó con la mejor actitud que pudo, hasta que el tío le respondió con voz grave.

—Pasa.

Samantha pasó y se encontró en un pequeño cuarto de paredes blancas. Miró hacia un lado y notó unas luces rojas que tenían parte de las paredes. Se quedó de pie junto a la puerta mientras esperaba lo que estaba por suceder.

—Espera aquí. —Le dijo el hombre gordo.

—Está bien. —Llegó a responder ella con un poco de miedo.

Esperó un rato y luego escuchó el sonido de un par de tacones que

parecían acercarse poco a poco. El corazón comenzó a latirle con fuerza. Poco después, se quedó impresionada por la presencia de la mujer que se paró frente a ella.

Era una mujer alta, de cabello rojo largo, tenía pechos prominentes, la cintura marcada y los ojos oscuros. Estaba vestida de negro y tenía la expresión severa. Su lenguaje corporal de por sí, denotaba seguridad y también una actitud intimidante.

—¿Esta es la chica? —Preguntó hacia el gordo. Este se limitó a asentir.

La mujer se acercó hasta Samantha, quien no dejaba de mirarla.

—Bien, sígueme. Iremos a mi oficina.

Samantha sintió que el corazón se le iba a salir del pecho, pero hizo de tripas corazón porque aquella entrevista representaba todas sus esperanzas de encontrar algo estable, al menos por un momento.

Lo cierto es que caminó detrás de esa mujer con todas las expectativas de obtener el trabajo. Después de unos cuantos metros, doblaron por un pasillo y se dirigieron hacia una oficina no muy grande. El escritorio era de madera oscura y sobre el mismo había un par de fotos y unas cuantas carpetas.

Detrás de esta, se encontraba una ventana que casi iba del techo al suelo, estaba recubierta por una película de papel oscuro, de seguro con la intención de evitar que quienes estaban allí vieran hacia dentro, pero con la posibilidad de que la persona que se encontrara en esa oficina, pudiera observar con tranquilidad lo que sucedía en el club.

—A ver, niña. Siéntate. Como no me gusta perder el tiempo, empezaré a decir las cosas directo al grano. Me llamo Sofía y soy la encargada de aquí. Como habrás notado este es un club de striptease, así que este no es lugar para las chicas buenas. ¿Entiendes lo que te digo?

—Sí, señora. —Respondió Samantha con un poco de firmeza.

—Entonces, ¿en qué eres buena? —Dijo Sofía con un aire de falsa amabilidad.

—Pues, limpiar, acomodar. Sé cocinar un poco pero no es la gran cosa. Sin embargo, soy eficiente con la limpieza y también conozco algunas cosas sobre electricidad y plomería.

—Vaya, eso sí que es sorprendente. Una chica así enjuta como tú y sabes estas cosas. Bien, bien. Nada mal. Vale, entonces comienzas esta noche. Hay muchas cosas por hacer. Por cierto, ¿tienes lugar para quedarte?

—Estoy alquilando una habitación en un hostel no muy lejos de aquí, pero sólo por un par de noches.

—Uhm. Mejor te mudas para aquí. Hazlo mañana en la mañana. Te prepararemos una habitación. Además, contarás con alimentación, así que no tendrás que preocuparte por esas cosas. Recibirás una pequeña paga, pero si todo sale bien, es posible que aumentemos el sueldo. Entonces... ¿Qué dices?

Samantha ni siquiera tuvo la necesidad de pensarlo. La oferta le pareció demasiado atractiva como para rechazarla. Aceptó de inmediato y minutos después ya se encontraba familiarizándose con las mopas y los desinfectantes.

Después de unas cuantas horas, Samantha regresó al hostel hecha una bola de papel. Estaba tan agotada que tuvo que hacer un esfuerzo por levantarse para cambiarse de ropa. A pesar de que tenía que preparar sus cosas para mudarse al día siguiente, se quedó dormida con una sonrisa. Quizás las cosas se iban a acomodar como debían.

Se mudó como le habían dicho y de inmediato comenzó a hacer las cosas que le señalaban en el lugar. Trapeaba y sacudía el polvo, barría y acomodaba las cosas con cuidado. Poco después recibió el aviso para comer y se sentó junto a unas cuantas personas más que se encargaban del mantenimiento.

Volvió a lo suyo y continuó hasta que cayó la noche. Sofía se acercó a Samantha para decirle unas cuantas cosas:

—A ver, tu horario termina aquí porque como podrás ver, el club abrirá dentro de poco. Creo que los dueños vendrán hoy o mañana, así que si te digo para que te prepares para verlos, tienes que hacerlo. Tienen la costumbre de conocer al personal y hacerles preguntas. ¿Entendiste?

—Sí, señora.

—Bien, ahora ve a tu habitación y quédate allí. —Dijo Sofía para luego perderse entre los pasillos del club.

Samantha sintió un poco de miedo pero se puso a pensar en los cambios que tuvo en los últimos días. Esos años en el centro se sentían tan lejanos, tan distantes que casi pensó que casi había sido otra persona y no ella quien había vivido todo eso.

Se dirigió entonces a su habitación y se acostó sobre la cama, de nuevo el cansancio tomó control de ella y casi se quedó dormida cuando escuchó el sonido de la puerta.

—Samantha, es hora de conocer a los jefes. —Fue la reconocible voz de Sofía quien la llamó del otro lado.

Entonces, se levantó rápidamente y buscó un suéter como para pretender tener una imagen un poco más pulida. Deshizo la trenza que tenía y se soltó el cabello, se lo peinó y se colocó hacia atrás. Lamentó no tener algo mejor pero

era una chica austera de 18 años. Era pedir demasiado.

Salió para encontrarse con una Sofía con un vestido negro muy ajustado y con el cabello recogido en forma de moño:

—No es bueno que los hagas esperar.

—Lo siento.

—En fin. Vamos.

Cuando comenzaron a caminar, Samantha tenía las manos temblorosas y algo sudadas. La verdad fue que sintió un pánico terrible porque la sola idea de perder el trabajo, la hacía sentir con los vellos de punta. No podía permitírselo y menos en el punto en el que se encontraba.

El recorrido se hizo eterno hasta que se dio cuenta que estaban cerca debido al ruido de un par de voces. La situación se estaba volviendo más real, y además tenía la sensación de que había algo mucho más grande de lo que pensaba.

—Buenas noches, señor. Aquí está. La contratamos ayer y ya está trabajando para nosotros. —Dijo Sofía con un notable cambio en la voz.

Estaban en otra oficina del club, era un lugar más amplio y con un decorado más extravagante. El suelo era de parqué oscuro y las paredes eran blancas, salvo una de color rojo intenso. Como en la oficina de Sofía, se encontraba un ventanal detrás del escritorio que daba hacia un lado de la pista en el club. En ese momento, Samantha se dio cuenta de que ya había público y que las chicas estaban bailando sobre los tubos.

Esa fracción de tiempo le sirvió para darse cuenta que su vida estaba a punto de cambiar por completo.

Samantha miró hacia el frente y se topó con un hombre alto y fornido, de traje oscuro y con la expresión neutra, como si fuera una estatua. A poca distancia, otro hombre vestido de traje gris y con lentes. Aunque era notablemente de menor tamaño, exudaba autoridad.

—Gracias, Sofía. Puedes retirarte.

La mujer caminó hacia la puerta para dejarlos solos... Casi solos.

—Bien, así que eres Samantha. Supongo que Sofía te habrá comentado cómo son las cosas aquí, ¿cierto?

Ella asintió levemente.

—Vale, esto es con el fin de que todas las personas que entran aquí, saben perfectamente a lo que vienen. Ahora, me comentaron que estás desempeñándote como personal de limpieza, ¿cierto?

—Sí, es correcto.

—Entiendo... —El hombre de lentes se quedó un poco pensativo hasta que se decidió a hablar. —Bien, sucede que el anuncio era para otra materia. Supongo que Sofía te dejó ese trabajo para que te familiarizaras con lo que hay. Sin embargo, tengo una propuesta que creo que te resultará un poco más interesante. Hace poco tenemos una vacante en este club y necesitamos a alguien urgente. No es necesario que tengas experiencia, podrías contar con la ayuda de las demás chicas. Podrías empezar sirviendo tragos y, si las cosas van bien, podrías bailar. La ventaja es que al estar ya en la pista podrías recibir propinas de los clientes. Podrías hacer buena pasta, ¿qué dices?

No pensó que la situación fuera capaz de mejorar de un día para el otro, así que ella se quedó pensativa a diferencia de la primera vez, donde se sintió un poco más segura de su decisión.

—Tranquila. Sólo consistiría en servir tragos. Con respecto a la ropa no creo que tengas algún problema porque la chica anterior y tú parecen ser de la misma talla. Así que, ¿qué te parece?

Samantha permaneció por largo rato en silencio hasta que se animó en decir unas cuantas palabras.

—¿Podría conservar la habitación? Es que no tengo lugar a dónde ir.

—Por supuesto que sí. No hay problema con ello. Puedes sentirte tranquila. Por otro lado, las propinas son tuyas, no tendrías que compartirlas con nadie.

Era obvio que ese tío estaba seduciéndola con una oferta que era irresistible. Así que no lo pensó más y aceptó.

—¡Perfecto! Puedes empezar esta noche para que veas cómo es el ritmo de las cosas. Por cierto, soy uno de los administradores. Es posible que mi jefe, el dueño de este local, pase pronto por aquí. En cualquier caso, seguirás tratándote con Sofía y conmigo.

En ese mismo momento, Samantha se dio cuenta que aquellos acontecimientos parecían extraídos de un lugar extraño, como si estuviera viviendo en una historia. Así pues, fue corriendo a su habitación para cambiarse y para trabajar en algo nuevo en menos de 24 horas.

—No puedo creer que esto me esté pasando a mí. Qué loco es todo.

Se dijo a sí misma mientras se acomodaba de nuevo el cabello. Lo que ella no sabía era que su aventura apenas estaba comenzando.

Después de esa noche, Samantha pasó de ser muchacha de limpieza a unas de las meseras consentidas en el club de striptease. Todas las noches, desde las 7, se alistaba para trabajar: acomodaba su vestido negro, las medias de

nylon, los zapatos de tacón y luego se hacía una trenza que algunas veces colocaba de lado para hacerla más manejable.

Se maquillaba de forma sencilla, un poco de delineador por aquí y por allá, además del labial rojo que acentuaba la belleza de la forma de sus labios. Respiraba profundo y luego iba a la oficina de Sofía para recibir instrucciones para esa noche, con el resto de las chicas que estaban allí.

La rutina se volvió mucho más agradable de lo que pensó. Gracias a las propinas que recibió, se dio cuenta que era posible ahorrar lo suficiente como para mudarse en unas semanas. Las cosas no podían salir mejor de la que estaban.

Sin embargo, mientras pasaba el tiempo, ella se dio cuenta de las cosas en el club no eran tan geniales después de todo. Había visto hombres muy elegantes y bien vestidos que guardaban una actitud sospechosa.

Algunos venían en grupos grandes y con sus matones correspondientes, otros estaban solos pero tampoco tenían una actitud de buenos amigos. De hecho, Samantha presenció un par de peleas fuertes que casi pusieron en peligro la vida de algunas de las bailarinas que estaban allí.

Pero lo peor no acabó allí, de hecho fue apenas el comienzo. Samantha notó que hubo varios días donde la policía cobró la costumbre de pasearse por los alrededores del club. Ese hecho pareció que fue suficiente para caldear la paciencia de varios asistentes del club. Eso puso también presión a Sofía quien era la cabeza del sitio.

Eso hizo que el movimiento en el club fuera mucho más frecuente. Samantha lo sintió como una señal inequívoca de que estaban sucediendo cosas mucho más graves. Hasta que un día, mientras estaba arreglándose para trabajar, escuchó algo que le retumbó hasta lo más profundo.

“Buenas noches. Comenzamos el avance especial con un informe importante para toda la comunidad. Este grupo de la mafia se le considera uno de los más peligrosos, puesto que han cometido torturas, sicariato y hasta lavado de activos. Incluso, se estima que también han construido una red de prostitución tan entramada, que la propia policía se ha visto incapacitada en desmantelar a pesar que tiene bastante tiempo en el proceso. Estas son las cabecillas del grupo y estos son los negocios que tienen a lo largo de la ciudad. El más importante, sin embargo, se trata de este club de striptease el cual se dice es el centro de operaciones del grupo”.

Samantha estaba horrorizada. Se sintió estúpida porque tuvo que darse cuenta que estaba trabajando para uno de los grupos más peligrosos de la

mafia. Sintió cómo si hubiera recibido un golpe en el estómago, una especie de acto que la descolocó por completo y no supo que hacer.

Repentinamente las cosas encajaron en su cabeza, las reuniones secretas, los gritos, las peleas, esas veces en que Sofía lucía perturbada. Todo fue demasiado brusco.

Se levantó de la cama y apagó el televisor de un solo movimiento. Sus 18 años se sentían mucho más de lo que parecía. Pasó años con diferentes familias, intentó suicidarse y luego se le diagnosticó con depresión. Para colmo, en esos momentos en donde sentía que su vida podía mejorar un poco, siempre se presentaba alguna cosa que lo impedía, una especie de obstáculo que se le ponía en frente y evitaba que avanzara.

Se quedó sobre la cama, pensando en lo que podría hacer después. No se le ocurría nada y las opciones se le agotaban. ¿Sería posible escapar? ¿Cuánto más tendría que renunciar a su vida? ¿Las cosas siempre serían así? No tenía la mínima idea.

II

—Los negocios van muy bien señor. Hemos recaudado una importante cantidad de dinero, y solamente a raíz de los negocios indirectos. Parte de eso lo hemos utilizado para pagar algunos favores.

Vincent escuchaba atentamente la descripción de la situación financiera por parte de su fiel administrador.

—Bien, ¿hay algo más?

—No, señor. Con esto tenemos suficiente.

—Vale.

Vincent volvió a mirar fijamente los documentos que tenía frente a él, a la vez que escuchó el sonido de la puerta cerrándose. Al encontrarse solo, suspiró y procedió a levantarse de la silla.

Dio unos cuantos pasos por la oficina y luego quedó frente al ventanal. Miró hacia el exterior, se percató del brillo de las luces de la ciudad, de aquellas que provenía de las casas y de los coches que estaban en la calle. Parecía una noche como cualquier otra. Tranquila y quizás hasta aburrida.

Lo cierto fue que en medio de su admiración, se encontró con su propio reflejo. Se quedó mirándose a sí mismo, juzgándose, midiéndose. Su cabello negro y espeso estaba bien peinado, sus ojos de un verde oscuro, se veían más brillantes que nunca, su rostro estaba bien afeitado y de aspecto bien pulido, salvo por esa cicatriz que estaba muy cerca de uno de sus pómulos. Una marca que le recordaría por qué tenía que cuidarse siempre las espaldas y por qué bajo ningún concepto podía doblegarse.

A diferencia de muchos miembros de la mafia, Vincent había sido el heredero de uno de los líderes más peligrosos de la ciudad. Era conocido por ser un hombre de armas tomar, de no titubear ante nadie cuando fuera necesario, no obstante, también era reconocido como un tío justo, equilibrado, que sabía hacer las cosas cuando habían que hacerlas. También era percibido como una persona carismática y que se ganaba el respeto de la gente porque había aprendido a tratar con ellas.

El padre de Vincent sí que tuvo que comer el polvo, pelear por comida, luchar por hacerse un lugar. Lo intentó tantas veces que perdió la cuenta y lo

hizo porque se juró a sí mismo que nunca más comería pan rancio con agua de lluvia. Nunca más.

Trabajó arduamente para ganarse una posición importante por su cuenta. Al principio sus intenciones eran austeras pero luego, al darse cuenta de las cosas que podía lograr, quiso dar un paso hacia adelante... Y así lo hizo hasta que no pudo parar.

El imperio que hubo alrededor de él fue impresionante y digno de admiración por el resto de las personas. Cuando supo que sería padre, fue el día más feliz de su vida. Nunca se había mostrado emocionado o feliz por algo en particular, salvo por aquello. Realmente lo estaba.

Desde el día que nació, Vincent recibió todo tipo de cuidados y de protección por parte de su padre. Este, además, quiso que creciera cómodo y seguro, pero también consciente de que su futuro consistiría en mantener el legado que ya se había comenzado. Por un lado le entusiasmaba la idea, aunque por el otro estaba un poco preocupado al respecto. El mundo de la mafia está lleno de envidias, de conspiraciones y de deseos de venganza. Era otra forma de mundo hostil.

Mientras crecía, Vincent demostró que tenía habilidades para los números, además de un aura de liderazgo que parecía emanar de manera natural. Su padre estaba más que satisfecho, su hijo había nacido con lo que se necesitaba.

Así pues, Vincent supo cómo eran las cosas, no hubo mentiras porque su padre pensaba que aquello era perder el tiempo. Le dijo las cosas que se hacían y la cantidad de personas que trabajaban para ellos, las amenazas y todo el peligro que los rodeaban.

De hecho, él pensó que aquello nunca lo golpearía, que sería una especie de situación de la cual sería capaz de huir en cualquier momento. Sin embargo, cuando tan sólo era un crío de 15 años, fue interceptado por un grupo de matones que buscaban intimidar a su padre.

Si bien Vincent era un muchacho inteligente, no era demasiado prudente, así que se les hizo frente pensándose que sería intocable. Eran cuatro contra uno, un par eran más altos que él y otro lucía particularmente intimidante debido a que era bastante ancho.

Sin embargo, no se amilanó, de hecho se puso tan fiero como se le fue posible porque lo peor que podría demostrar era debilidad. La situación se puso más interesante cuando notó que uno de ellos sacó un cuchillo largo y de aspecto filoso.

Ese fue el primer momento en el que Vincent sintió de verdad la

posibilidad de morir. Pero siguió allí, le pareció inconcebible eso de echarse para atrás.

Los cuatro se les fueron encima, toda la artillería pesada contra su humanidad flacucha de un metro ochenta. Sin embargo, se defendió tan bien como pudo. Había aprendido cómo defenderse desde chico.

Increíblemente, pensó que tenía la situación bajo control hasta que atestó un golpe al dueño del cuchillo, de hecho, fue tan fuerte que le rompió la nariz, haciéndole que de esta brotaran profusos hilos de sangre.

La ira no tardó en manifestarse en el contrincante. Se levantó del suelo y señaló a Vincent con la navaja.

—¡NO, TÍO! ES SÓLO JODER AL CHAVAL. NO TE PONGAS CREATIVO.

A pesar del grito de uno de ellos, eso no fue suficiente para detener las intenciones del que estaba armado. Avanzó hacia Vincent quien ya se había puesto en guardia. La verdad fue que no se echaría para atrás bajo ningún concepto. Prefería salir lastimado, por más estúpido que sonara.

El tío se le lanzó encima y por unos tensos minutos sólo se llegó a escuchar el roce de los brazos, algunas blasfemias incomprensibles y la gravilla debajo de los cuerpos. De un momento a otro, Vincent no pudo dominar la situación, por lo que se quedó a merced de su atacante.

Él le sonrió con una maldad que jamás había visto. Sintió que en cualquier momento perdería la oportunidad de hacer siquiera un último intento por defenderse.

En ese momento, experimentó uno de los dolores más intensos que jamás sentiría. El filo del cuchillo era tal, que su piel cedió sin problemas sobre su paso. Era como escuchar el sonido del papel desgarrándose.

Fue mucho más doloroso de lo que pensó que sería, para peor, la sangre comenzó a brotar con tanta fuerza que de inmediato perdió la visión de ese ojo. En ese momento, se le disparó en él una especie de alarma, un aviso que le dijo que no podía quedarse allí como un tonto.

Se levantó de un solo movimiento y logró recobrar la ventaja que había perdido. Golpeó tan fuerte y de manera desordenada que no se dio cuenta que también le pegaba al suelo. Las piedras levitaban por los aires como si fueran plumas.

El cansancio invadió sus brazos pero estuvo con la decisión de querer seguir. Sin embargo, el sonido de un coche alertó al grupo. Los tres separaron a los que estaban peleando y se llevaron a su amigo. Vincent se quedó sentado

en el suelo, con el ojo y las manos ensangrentadas, cansado y con el pecho agitado. El corazón pareció que se le iba a salir del pecho.

Más tarde ese día, su padre lo miró entre preocupado, enojado y orgulloso. Estaba contento de que su hijo se hubiera enfrentado a esos hombres con valentía, pero se recordó a sí mismo que él pudo haber muerto sólo por cuestiones de revancha.

—Desde este día estarás con alguien. No pensé que fuera a llegar a esto.

—No, papá. —Dijo Vincent con tono de decisión— Prefiero volverme más fuerte. Pude haberlos vencido pero no soy fuerte, tengo que hacerlo.

—¿Pero acaso te has vuelto loco? ¿No te das cuenta que te pudieron rebanar como un pan? No seas estúpido.

—No soy estúpido y esta petición no es estúpida. Creo que ambos hemos llegado a este punto, por lo que necesario que hagamos lo que tengamos que hacer. Si algún día tendré que asumir el poder de esto, será necesario que tenga la mayor habilidad posible por para que sea un líder de verdad. Ni más ni menos.

El padre de Vincent se quedó impresionado por la forma en cómo su hijo estaba asumiendo la situación con perfecta madurez. Era sólo un chaval pero parecía claro de las responsabilidades que se le venían encima.

—Bien, si eso es lo que quieres, es lo que te daré. Recibirás el mejor entrenamiento posible, pero eso sí, tendrás que estar consciente que las cosas no serán de color rosa y que habrá momentos en los que recibirás tantos golpes, que pensarás que no serás capaz de resistir. En vista de ello, ¿aun así quieres seguir?

Vincent no lo dudó por ningún momento. De hecho, asintió lentamente y aceptó su destino sin ningún tipo de miramientos. Estaba decidido a aceptar la situación sin que importara lo demás.

El día de la pelea fue ese punto de quiebre para que se diera cuenta que lo mejor que tenía que hacer era fortalecerse tanto como fuera posible. Luego de recibir los golpes, se percató que ya no podía permitirse ser el muchachito flacucho y débil. Era hijo de uno de los líderes de la mafia más poderosas de la ciudad, tenía que ser un digno representante.

Recibió clases de boxeo y se inscribió en otras pero de natación, paralelamente también hizo pesas para poder ganar masa muscular. Incluso cambió su dieta para que su cuerpo se hiciera más macizo y fuerte. Los cambios no se notaron sino meses después, cuando cumplió los 17 y se veía más alto y fornido que su propio padre.

Por esos años, Vincent no le importó otra cosa que verse y sentirse poderoso, eso sin nombrar que estaba conociendo cada vez más el funcionamiento de la organización desde el interior, poco a poco estaba convirtiéndose en el digno heredero de la mafia.

Tras sentirse más conforme consigo mismo, comenzó a experimentar el propio curso natural de las hormonas. Se había reprimido tanto a sí mismo que se olvidó de las chicas y el amor. Pero en ese punto, las cosas cambiaron drásticamente.

Hizo un par de intentos de salir con chicas que estudiaban con él, pero los resultados fueron más decepcionantes de lo que imaginó. La experiencia de relacionarse con chicas ricas y mimadas, le pareció una situación un poco incómoda. A pesar de ello, trató de dar otras oportunidades pero los resultados fueron más o menos igual. Justo en ese momento, estaba sintiéndose un poco desesperanzado cuando conoció a la mujer que le cambiaría la vida por completo.

Sonia era una de las amantes de uno de los líderes de la mafia de la ciudad. Rubia, alta, voluptuosa. Con unos pechos de infarto, una cintura pequeña, caderas anchas y piernas torneadas. Siempre tenía el pelo suelto, puesto que parecía que flotaba cada vez que caminaba.

Desde el primer momento, él no pudo evitar sentirse profundamente conmovido por ella, ese andar lento y suave, ese modo de moverse entre la gente. Incluso, cuando la escuchó hablar sintió que se derritió por dentro. Era tan fuerte que llegó a pensar que estaba bajo una especie de hechizo.

Pero claro, involucrarse con una mujer como esa implicaba problemas de manera inmediata. Significaba que podría arrastrar a su padre y generar un conflicto innecesario entre los clanes. No, lo mejor que podía hacer era renunciar a la estúpida idea de estar con ella.

Eso no quiso decir que no pudiera siquiera desearla, claro que lo haría. No estaba dispuesto a dejar morir la fantasía porque eso significaba que de no dejarlo libre eso le comería por dentro poco a poco.

Entonces cobró la costumbre de acostarse sobre la cama, cerrar los ojos y ponerse a pensar en ella. En la manera en cómo le quedaba la ropa, como si la tela acariciara la piel, el ajuste era simplemente perfecto. Esto hizo que pasara a ser un chico observador, admirador de las curvas y siempre atento a las cosas que hacía Sonia. Era terrible y al mismo tiempo muy placentero.

Así pues que se preguntaba cómo sería el aspecto de su cuerpo desnudo, qué cara pondría cuando se encontrara en el punto máximo de excitación, el

sabor de su piel, la humedad de su coño.

Soñaba con tomar los pechos de ella entre sus manos, en apretarlos con fuerza, en rozar sus pezones y lamerlos con fuerza. No podía dejar de pensar en penetrarla, en romperla por dentro, en hacerla gritar como ningún hombre lo hubiera hecho antes.

Justo cuando no podía más, su verga se ponía dura y caliente, lista para que pudiera masturbarse con fuerza. Primero se tocaba la punta, y luego lo hacía con el resto hasta la base.

No lo hacía demasiado fuerte porque le gustaba disfrutar de cada momento y de cada proceso, fuera intenso y suave. Luego aumentaba la intensidad porque su cuerpo y su mente se lo pedían prácticamente a gritos.

Se masturbaba como si fuera un desesperado, en medio de esas fantasías que lo volvían loco, con ese deseo que le atravesaba la piel y que lo hacía sentir más vulnerable que nunca.

Entonces, de esa manera explotaba haciendo lo posible por no hacer demasiado ruido, por no quedarse tan rendido ante sus propios intentos que se sentían tan animales y que lo hacían sentir casi como si fuera una fiera.

A veces pasaba tiempo en que quería tocarse siempre con ella pero no lo hacía porque tampoco quería caer en una especie de círculo vicioso, así que se obligaba a sí mismo a ejercitarse o a simplemente buscar algún tipo de entretenimiento que le quitara a Sonia de la cabeza.

Pasó el tiempo suficiente como para que pensara que había logrado sacársela de la cabeza, pero sus sentimientos hacia ella se avivaron de nuevo cuando la vio durante una fiesta que se había organizado.

Tenía el cabello en un moño sencillo y lucía un vestido negro ceñido al cuerpo, así que la belleza de esa figura cuerpo curvilíneo. Los pechos, esa cintura que lo mataba cada vez que la veía. Sólo deseaba desaparecer lo más rápido posible.

Pero era noche las cosas no eran como siempre solían ser, de hecho, Vincent tuvo la sensación de que ella parecía que estaba particularmente atenta a las cosas que hacía él. No quiso sacar conclusiones de manera anticipada porque era claro que podría llevarse un chasco y la idea de quedar en ridículo le parecía demasiado molesta.

Prefirió entonces sentarse en una de esas tantas mesas que había en el enorme salón de esa mansión que habían alquilado. Era la fiesta más aburrida y él estaba decidido a pasarla lo más tranquilo posible. Sin problemas y en paz.

Estaba distraído observado la banda tocar cuando ella se sentó junto a él. Lo miró con ese rostro de picardía, con una sonrisa que lo aplastó y lo dejó hecho como un tonto.

—Bueno, otra fiesta fantástica, ¿cierto? —Dijo Sonia con un disimulado interés en la presentación que tenía frente a ella.

Las luces de neón estaban reflejándose en el rostro, el brillo incidía en su piel como si fuera un lienzo hermoso y delicado. Vincent trató de mantener la conversación de manera natural, aunque era obvio lo nervioso que estaba.

—Ehm, sí, supongo. —Fue lo único que alcanzó a decir con cierta coordinación.

Sonia se quedó en silencio pero sin dejarlo de ver. Estaba admirándolo, observando cada detalle de su rostro y de su porte. Sí, era un chico, un chiquillo pero tenía ese aspecto de tío adulto que quería jugar a ser adulto. Eso le pareció demasiado encantador.

—Vale, no tienes por qué ponerte así. Además, somos gente conocida, ¿no?

Sonia llevó su mano para acariciarla lentamente, con suavidad. Gracias a ello, Vincent sintió que se iba romper en mil pedazos. Ese tacto suave y delicado le hizo sentir que algo le recorrió la espalda con fuerza.

—Oye, ¿qué tal si nos tomamos algo por el jardín? Creo que es lugar un poco más interesante que esto.

—Vale, vamos.

No lo pensó dos veces porque se dio cuenta que no tenía nada que perder... Aunque fue una decisión un poco osada de su parte. Los dos se levantaron de la mesa y caminaron hacia una de las salidas que estaban cerca. De esa manera, dejaron atrás el mundo del caos y de celebración que había allí.

Internamente, Vincent estaba más nervioso que nunca, porque estar con Sonia era como sacarse el premio gordo. Era la mujer más exquisita con la que había hablado.

Estaban en silencio pero de alguna manera no se sintió demasiado incómodo, era como si existiera una especie de comunicación tácita entre los dos. Sonia tomó un poco más de ventaja y se acercó a uno de los mozos que estaban allí.

Tomó un par de copas de vino y caminó aun manteniendo la distancia que había. Vincent pensó que ella hizo aquello para que él la viera en todo su esplendor. Esa cintura, la espalda y esos hilos de cabello que caían hacia los

lados con un ritmo casi glorioso. Podía quedarse allí por todo el tiempo del mundo, podía admirarla desde el silencio.

Atravesaron gran parte del jardín hasta que sólo estuvieran los dos... Solos. Ella aprovechó para tomar de su trago y luego se lo extendió a él para que la acompañara. Sonia se veía casi como una niña que estaba haciendo lo posible por preparar la travesura.

Se echaron entonces sobre el césped, en medio de la noche estrellada, con el brillo intenso de la luna y la suavidad de las hojas que tenían debajo de sus cuerpos. Era casi como tener el momento perfecto.

—Creo que esta es la primera vez que estoy aquí y no me siento incómoda. Estas cosas siempre me recuerdan que es difícil relajarse y sentirse bien. Qué tonto, ¿no?

Vincent se quedó en silencio por un momento hasta que le respondió con honestidad:

—Pero este es uno de los momentos que tenemos para pretender que al menos podemos relajarnos cuanto queramos. Quizás no está tan mal.

—Bueno, supongo que tienes razón. Eso es lo malo de lugares como este, pero tienes razón, pretendamos que somos otra cosa. —Respondió ella tras haber hecho un largo suspiro.

Ambos tomaron las copas y bebieron el vino con rapidez, después se miraron y para él fue como perderse en esos ojos grandes y azules. Sus pestañas eran tan rubias que podían pasar por blancas. Tenía los labios algo finos pero el rojo los hacía ver un poco más gruesos.

Las mejillas las tenía un poco sonrosadas, quizás producto del alcohol, ese mismo que le había dado un poco de valentía de hablarle a ese chico.

Finalmente, Vincent se convenció a sí mismo que debía besar a esa mujer o perdería una oportunidad de oro en demostrarle que, a pesar de su edad, podía comportarse como un hombre.

Le tomó el rostro con ambas manos y antes de besarla, la miró con la intención de decirle algo más pero no lo hizo, quizás porque las palabras no pudieron salir de su boca... Aunque, para ser francos, a veces simplemente es innecesario.

Finalmente, fue hacia ella y de inmediato sintió el olor a uvas que estaban impregnados en esa boca con la pintura gastada. Cerró los ojos y se perdió en la victoria y esa sensación de estar por fin con la persona con la que deseaba.

Sonia se acomodó mejor sobre el césped para que él pudiera tomarla correctamente. En ese momento, ella se dio cuenta que a pesar de ser un chico

atractivo, aún era joven e inexperto, así que eso también le dio la oportunidad de tomar las riendas de la situación.

Buscó las manos para encontrarse con las suyas y hacer que las colocara sobre sus pechos. Ansiaba desde hacía tiempo experimentar el calor de las manos de un hombre que la deseara y ella estaba segura que él estaba loco por tocarla, por hacerla suya.

El pecho de Vincent comenzó a agitarse con fuerza, el corazón parecía que iba a salirse de su pecho y que su verga, en cualquier momento, rompería su pantalón. Estaba ansioso por dejarse llevar, por renunciar ese autocontrol que le decía que debía andar con cuidado. Estaba harto de aquello porque no pudo imaginarse que iba a estar frente a una situación como esa.

Así pues, estiró las manos e hizo lo que ella quería hacer. Tenía que seguir con la situación para que pudiera aprender lo más posible.

En cuanto los tuvo en sus manos no pudo creer que se sintieran de esa manera. Por un momento fue casi como si descubriera una nueva sensación a la que no pudo describir con facilidad.

Apretó y acarició en medio de su torpeza, pero en vez de condenarse, pensó que estaba aprendiendo y que debía darse la oportunidad de sentir cada vez más. Por lo tanto, fue mucho más sencillo dar rienda suelta a su naturaleza, a esa información que cada uno de nosotros tenemos y que nos permite comprendernos mejor como personas. Eran Vincent diferente.

Dejó de el autocontrol y en ese momento, cuando ella estaba sobre él, Vincent la tomó firmemente por la cintura, apretándola y haciendo que su cuerpo quedara más junto al de él.

Experimentó una sensación similar al día que se golpeó con los chicos de la primera vez, porque algo pareció quebrarse dentro de su mente y cuerpo, como si algo le dijera que lo que estaba a punto de pasar iba a transformar su vida por completo. El estar con ella se lo confirmó casi se lo confirmó de inmediato.

Entonces, se exaltó cada vez más y no quiso procesar nada más, así que se preparó para hacerla suya como fuera posible. Sus manos fueron hacia los muslos de ella con la intención de levantarle el vestido y así hacerla suya de una vez por todas. Hubo una fracción de momento en el que se preocupó porque temía caer en esa serie de acciones que lo hiciera sentir más torpe de lo que ya se sentía.

Sonia pareció detectar esa sensación con rapidez, por lo que se adelantó para que aquello no afectara más a la tranquilidad del pobre chico. Así que

ella se apoyó más hacia él y lo miró fijamente a los ojos.

—Tranquilo, sólo tienes que relajarte. Todo saldrá como tenga que salir.

Cuando escuchó esas palabras, de inmediato fue como sentir que si se hubiera activado algo dentro de él. Fue entonces cuando se manifestó una especie de fuerza animal que dejó libre por fin.

Tomó a Sonia con firmeza e hizo que ella quedara sobre el césped. El rostro de ella mostraba sorpresa pero también expectativa, estaba ansioso por vivir lo que estaba a punto de pasar.

Sonia volvió a tomarlo para besarlo con más intensidad, sus lenguas entonces comenzaron a entrelazarse entre sí en movimientos salvajes, descontrolados. Los jadeos y la respiración de ambos, pareció agitarse cada vez más y más.

Ella abrió las piernas lentamente para sentir cómo el cuerpo de él se acoplaba en su regazo. En el ínterin, Vincent bajó su bragueta para poder sacar su verga y penetrarla como ansiaba hacerlo desde sus fantasías.

Respiró profundo porque no quería enloquecerse demasiado rápido, tenía que administrar su propia desesperación y canalizarla de la mejor manera posible. Así que se preparó tanto como pudo y aferró sus manos sobre los muslos de ella para follarla por fin.

Sonia sonrió al sentir de inmediato ese glande grande que apenas se asomaba en el coño. Estaba más caliente y húmeda que nunca, estaba que no podía más. Así que afincó las uñas sobre su piel, enterrándolas con determinación.

Vincent experimentó un poco de dolor pero se dio cuenta que era sumamente agradable, así que eso pareció darle un poco más de intensidad a la situación. Sus ojos se volvieron más brillantes, con un fulgor de deseo así que aprovechó la intensidad del momento para irse sobre ella y enterrar más su verga.

Ella no se percató que ese joven hombre sí que tenía una polla para enloquecer, así que sintió cada centímetro dentro de sí, por lo que tuvo que hacer un enorme esfuerzo por no chillar como quería. ¿La razón? Era increíblemente delicioso.

Así que llevó sus manos hacia sus músculos, intentando abarcarlos con amplitud debido a la fuerza de las embestidas que él le estaba dando. Era tan delicioso que pensó que en cualquier momento se iba a perder en las sensaciones que estaba experimentando.

Vincent, por otro lado, si bien estaba sintiendo el calor de ese coño tan

delicioso, también se percató que estaba se estaba manifestando en él un sentimiento que no se había percatado que existía: el poder.

Eso ya lo sabía por parte de su padre. Esa facilidad de demandar y de exigir cualquier cosa en cualquier momento, sin embargo, no lo había vivido por su cuenta, así que todo resultaba demasiado extraño pero increíblemente delicioso.

El detallar el cabello de Sonia desparramado en el césped, el sentir el calor suave de sus piernas, el roce intenso que experimentaba cada vez que le metía la verga, la mirada de ella. Estaba como perdida en sí misma. Nunca había visto algo que le estremeciera tanto.

Así pues que siguió follándosela hasta que decidió hacer algo impulsivo y determinante. Algo que no estaba seguro en qué se iba a traducir pero que estaba ansioso por experimentar. Directo desde sus instintos.

Extendió uno de sus brazos para tomarla por el cuello. Tuvo que reprimir sus instintos de negarse a hacerlo porque aún estaba dudoso de la reacción que obtendría. Así que se preparó para seguir por más asustado que estuviera.

Ella tenía esa expresión de mujer excitada y perdida cuando sintió los dedos de él cerrándose sobre su cuello. Nunca experimentó una sensación de esa manera, de hecho se quedó tan impresionada que no reaccionó en un buen tiempo.

Esa pequeña presión le hizo sentir dominada, controlada, como si fuera un objeto más e, irónicamente, no le molestó en absoluto. De hecho, su coño se mojó mucho, demasiado, a tal punto en que él sintió como una especie de torrente que mojó su verga por completo. Vincent se excitó más porque se dio cuenta que estaba por el buen camino.

Apretó un poco más y el rostro de Sonia se tiñó ligeramente de rojo. Lo suficiente como para darse cuenta que no podía presionar más porque ya ese gesto rayaría en otra cosa. Su intención era preservar el placer lo más posible y lo logró porque la mujer que pensaba que tenía todo bajo control, quedó bajo su completo control.

En ese punto, Vincent no tenía demasiados conocimientos sobre el orgasmo femenino, salvo por unas cuantas cosas que había leído por Internet. Así que se sorprendió mucho cuando se dio cuenta que la mujer estaba retorciéndose de manera violenta, como si no pudiera controlarse.

Hizo el intento de frenarse pero no lo hizo, ella no detuvo. Quiso decírselo con palabras pero las mismas no salieron de su boca porque ella estaba demasiado privada con las sensaciones que estaba experimentando.

Ella sacudió la cabeza y dispuso sus manos para sujetarse de los brazos de él, luego, echó su cabeza hacia atrás y cerró los ojos para entregarse por completo a la excitación que estaba experimentando.

Vincent empujó más y más hasta que ella abrió la boca como si fuera a gritar. Por un momento se sintió alarmado pero luego se relajó cuando se dio cuenta que todo se trató de un grito ahogado. Su cara sí se volvió de un color más intenso para que, de un momento a otro, soltara una enorme cantidad de flujo producto de un orgasmo intenso... Muy intenso.

Él se dio cuenta que ella estaba sobre el césped como queriendo recuperar las fuerzas, así que se quedó tranquilo pero no por demasiado tiempo, porque él también estaba ansioso por expulsar ese algo que necesitaba.

Pensó en sacarlo hasta que ella pareció reaccionar y le dijo:

—No, déjalo adentro... No pongas esa cara... Ven... Córrete en mí.

Esas palabras las guardaría en su memoria como las más impresionantes que jamás le habrían dicho. Así que sonrió y decidió afincar su cuerpo para ambos siguieran acoplados.

Él colocó sus manos sobre el césped para tener un poco más de apoyo y también procedió a cerrar los ojos. La oscuridad en la que quedó suspendido se volvió intensa, absoluta, pero por alguna razón no tuvo miedo. Su instinto pareció decirle que era lo mejor que podía hacer y dejó entonces que su naturaleza se manifestara por completo.

De repente, una sensación de descontrol comenzó a manifestarse en él, se volvió incontrolable, como si fuera una especie de fiera que no lo iba a soltar por ningún motivo. Entonces fue cuando tuvo su primera corrida teniendo sexo con una mujer.

Aunque era una sensación familiar, fue la primera vez que lo experimentó de una manera tan intensa como esa. Su cuerpo se movía intensamente y tuvo la necesidad de gritar. Pero de nuevo recordó que no podía hacerlo por cuestiones conocidas.

Sin embargo, sí disfrutó inmensamente ese calor del semen que salía de su verga, ese mismo que se entremezclaba con el interior del coño de Sonia. Se percató que estaba haciéndose adicto a eso y que podría follar cada vez más. Las veces que ella quisiera.

Después de correrse, sacó su verga porque quiso caer sobre el césped y olvidarse de lo demás. Sin embargo, Sonia era una mujer experimentada y con muchos conocimientos sobre cómo complacer a un hombre. Además, pensó que lo mejor que podía hacer era retribuir todo lo que sintió de alguna manera,

así que procuró devolverle el favor de una manera que él no pudiera olvidar.

Así pues, dejó que él lo sacara pero se movió rápidamente de manera que él quedó acostado y ella muy cerca de su cuerpo. Lo miró con picardía y sensualidad, le hizo un guiño y luego se inclinó hacia él para limpiar lo que había quedado del semen. Pasó la lengua con suavidad y lamió lentamente sobre la superficie.

Vincent no pudo creer lo que estaba pasando, pero sí, fue así y lo disfrutó de una manera sin precedentes. Fue tanto así, que trató de compararlo con otras cosas que había vivido antes pero tuvo que ser sincero consigo mismo. No hubo nada remotamente cerca, todo aquello que pensó o experimentó como placer, no tenía igual con el sentir la lengua de ella sobre su verga. Pero, por si fuera poco, lo mejor de todo fue verla devorándolo con esmero, incluso presentó algunas manchas blancas alrededor de su boca.

Vincent pudo haber deseado un poco más de lo que estaba experimentando pero el cansancio y la falta de experiencia pasaron factura. Se quedó rendido sobre el césped con los pantalones a la altura de las rodillas y con la expresión de idiota que hizo que Sonia se enterneciera un poco. Al final sólo era un niño.

Los dos permanecieron juntos por un largo rato, bajo el cielo estrellado de esa noche despejada y clara. Sonia estaba junto a ese chico, pensando que se sí, se había divertido con él pero que además también le hacía sentir como una mujer deseada. Quizás estaba yendo demasiado rápido con esas cosas, no lo tenía claro, así que trató de tranquilizarse y de pensar que la mejor opción que tenía era relajarse tanto como pudiera.

Después de esa noche, los dos comenzaron una relación intensa y muy fogosa. Vincent sentía una atracción muy fuerte por esa mujer, por lo que se le hacía difícil tratar de contener las ganas de querer comérsela con desenfreno.

Por lo tanto, si no estaban retozando en algún espacio como un par de fieras salvajes, estaban mirándose como un par de colegiales que están desesperados por estar juntos en cualquier momento.

Uno de los momentos más emocionantes, sucedió el día de su cumpleaños número 18. Él no quería ningún tipo de celebración pero pareció que la gente estaba más entusiasmada por esa fecha que incluso él mismo.

Estaba decidido a tener un día como cualquier otro, haciendo el esfuerzo, claro, de escaparse para no hacer fiesta ni nada. Sin embargo, cuando pensó que tuvo éxito, ella se apareció de nada y con una propuesta a la que él no se pudo negar ni aunque hubiera querido.

—¿En dónde estás? —Dijo Sonia en cuanto él tomó la llamada.

—Cerca del McDonald's del centro. —Respondió él con un poco de nervio en la voz.

—Voy a pasar a por ti. Ni siquiera te muevas.

—¿Por qué? No tengo demasiados ánimos de hacer nada. —Vincent estaba ya un tanto fastidiado al respecto.

—Está decidido, prepárate.

Negarse a ella no tenía ningún sentido, ya que de alguna manera tenía un poder increíble de persuasión. Así que él aceptó no con demasiados ánimos pero sí con un poco de emoción porque sabía que la compañía de ella no sería decepcionante.

Él esperó un rato hasta que vislumbró el brillo de un coche de lujo. Sintió que la euforia le recorrió el cuerpo cuando se dio cuenta que se trataba de ella. Apenas la vio, fue como experimentara un frío en el estómago, uno que incluso le recorrió la espina.

En cuanto aparcó, ella bajó uno de los vidrios y le sonrió. Tenía el pelo suelto, ondeándole con la brisa, los labios pintados de rojo y la expresión pícaro que él tanto le gustaba.

—¿Vienes? —Dijo ella.

Él prácticamente saltó de la acera para salir hacia el coche de ella. No tenía idea de las cosas que harían pero al menos sería interesante.

En cuanto se subió, ella fue hacia su rostro para besarlo con efusividad. Aunque no lo quiso admitir, extrañó su boca como a nada en el mundo. El aroma de su perfume lo envolvió por completo y deseó demasiado quedarse anclado en su cuello.

Se separaron y se miraron con cierta complicidad. Sonia le acarició el rostro con suavidad y luego le preguntó si se le apetecía algo para comer. Vincent no mostró demasiado entusiasmo hasta que ella le dijo que su casa estaba libre, así que las expectativas se hicieron más altas.

No pasó demasiado tiempo para que ambos se enrumbaran hacia una de las zonas más lujosas de la ciudad. Tanto así que, el lugar estaba plagado de mansiones y edificios de lujo.

Sonia bajó la velocidad del coche y aparcó en la entrada de una mansión de decorado extravagante. De hecho, el lugar tenía decorados barrocos e intrincados, eso, sin dejar de lado el tema de la combinación de colores.

Pero prestarle atención a una cuestión tan superficial como esa le pareció una pérdida de tiempo, así que se concentró en lo verdaderamente importante.

Ambos se bajaron tomados de la mano como si fueran una pareja como cualquier otra. Ella se adelantó un poco para abrir la puerta, en cuanto lo hizo, Vincent se topó con un ambiente abierto, amplio y con una piscina de fondo.

No vio más porque ella le robó la atención de inmediato. Le tomó de la mano y ella le sirvió de guía para llevarlo hacia otra ala de la casa. Caminaron lentamente, de manera que se avivó una especie de tensión que se hacía cada vez más y más presente.

Subieron por unas escaleras y luego se encaminaron hacia una puerta de color blanco. Cruzaron el umbral y se encontraron con una habitación sencilla, muy en contraste con el resto de la casa.

Las paredes eran blancas y había un enorme ventanal que daba hacia el jardín. Un lugar enorme y rodeado de enormes árboles frondosos. Las hojas de estos apenas dejaban salir unos cuantos rayos de luz que se filtraban en la habitación.

Sonia guió a Vincent hasta la cama para que este se sentara sobre la superficie. Él permaneció quieto y a la expectativa de lo que sucedería después. Ella, mientras, se alejó de él, no sin antes darle un beso en los labios.

—Espera que tengo una sorpresa para ti.

Él solo asintió y se dispuso a esperar. Sonia entró a un pequeño espacio y permaneció allí durante unos minutos. Poco después, se apareció ante él pero de una manera que no se lo esperaba.

Sonia estaba completamente desnuda y con un pastel en sus manos. Había una sola vela encendida que sirvió para iluminar ese rostro que estaba sonriente.

—Este día no se puede dejar pasar. Yo no lo podía dejar pasar.

Avanzó hacia él con cuidado mientras la expresión de Vincent era de genuino placer y sorpresa. Cuando por fin estuvieron cerca, él se inclinó para soplar la única vela sobre el pastel. Después de hacerlo, la miró fijamente a los ojos y sintió esa necesidad de lanzarla sobre la cama y hacerla suya.

Tomó el pastel y lo dejó sobre un mueble de madera que no estaba demasiado lejos de allí. Luego, caminó hacia ella para tomarla de la cintura y besarla como tanto quería. Apenas juntó los labios con los de Sonia, experimentó un calor intenso en su verga y en toda la zona baja. Estaba ansioso y no quería esperar más.

Su boca entonces fue a parar a sus pechos. Procuró lamerlos y chuparlos por completo, a la vez que los apretaba con cierta fuerza. Le gustaba sentir la firmeza de su piel y cómo ella parecía desvanecerse entre sus caricias.

Sonia no tardó demasiado tiempo en quedarse rendida entre las caricias de ese chico que estaba por hacerla suya. Ella lo tomó entre sus brazos y se entregó a él por completo.

Vincent siguió comiéndole los pechos hasta que la llevó a la cama para acostarse y comenzar a hacer las cosas bien. Él todavía estaba vestido pero no hubo problema con ello porque Sonia se encargó de quitarle la ropa con rapidez.

Poco a poco, el chiquillo de 18 años por fin se halló desnudo, con la piel pegada y muy junta con la de esa mujer que lo volvía loco.

Los dos quedaron unidos por un abrazo intenso y caliente, sus partes también se rozaron por lo que Vincent pensó que sería buen momento para follarla de una vez. Sin embargo, tuvo una especie de instante de lucidez. Quiso probar las carnes húmedas de Sonia y pensó que aquello sería una gran oportunidad.

Así pues, la tendió sobre la cama y le separó las piernas, tomándolas con firmeza a su vez. Afincó sus dedos sobre la piel firme y suave. Tomó un leve impulso y después se adentró con todo al interior de ella. Por entero.

No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero era un chico que le gustaba darse la oportunidad de probar con cosas nuevas, así que la simple aventura de tenerla allí, completamente para él, era lo mejor del mundo.

Hizo memoria de las cosas que había visto en las pornos que llegó a ver, así que se ayudó de sus recuerdos y también se apoyó por el impulso de su naturaleza la cual parecía decirle qué hacer y qué no.

Sacó su lengua para lamer suave y sintió el clítoris de Sonia bien hinchado y caliente, luego, se dispuso a chupar con suavidad puesto que aún no se estaba seguro cómo hacerlo como debía.

Entonces, finalmente lo logró y se preparó lo mejor que pudo. Sus labios apretaron el clítoris de Sonia hasta que la hizo chillar del placer, lamió por completo los labios vaginales que parecían empaparse cada vez más producto de la excitación. Poco después se dio cuenta de que lo estaba haciendo bien porque sintió la mano de su mujer acariciándole el cabello con fuerza. Eso, sin dejar de lado los fuertes gemidos que retumbaban en toda la habitación.

Quiso seguir follándola con la lengua, pero ya no podía más. Estaba ansioso por penetrarla, por reventarla por completo. Le tomó las muñecas con ambas manos con firmeza, mientras que sus ojos estaban mirándose, como con las ansias de perderse entre ellos.

Se inclinó para besarla mientras que su pelvis y la de ella comenzaron a

acoplarse lentamente. Poco después, la verga gruesa y larga de Vincent se abrió paso entre la carne caliente y húmeda de Sonia.

Ella se quedó sobre la cama sintiéndolo entrar en ella, de esa forma tan deliciosa como tenía de hacerlo. En un primer momento la metió toda, por completo y se quedó allí por un largo rato. Después, Vincent comenzó a moverse, aun colocándole las manos firmemente en las muñecas de Sonia. La intención de movilizarla lo hacía sentir más poderoso que nunca.

No pasó demasiado tiempo para que se escucharan los gritos y los gemidos fuertes de ella. Esas embestidas por parte de él eran increíblemente deliciosas.

Luego de un rato, él se incorporó sobre la cama para tomar a Sonia por la cintura con fuerza, para hacer que luego se acomodara mejor sobre la cama, de manera que quedara en cuatro.

Después de hacerlo, Vincent notó cómo el cuerpo de ella estaba aún agitado por la penetración, así que deseó lo más posible llevarla hasta el límite. Así que juntó un par de dedos y se encargó de masturbarla, primero con suavidad y después con intensidad. El coño de ella se sentía cada vez más y más húmedo, más caliente incluso.

Siguió tocándola hasta que la vio que estaba a punto de perder el control, así que se detuvo y se acomodó inicialmente para procurar follarla. La tomó desde las caderas con firmeza y le metió la verga de un solo movimiento.

Las manos de Sonia tuvieron que tomar un poco de sábanas porque ella pensó que el cualquier momento perdería el control. Era tan intenso, que Sonia sentía que en perdería su capacidad de control y de conocimiento de la realidad. Sí, era increíble y era poderoso.

Se perdió a sí misma, cerró los ojos y se quedó embebida hasta que sintió una especie de corriente eléctrica que le recorrió el cuerpo con rapidez. Una que le indicó que estaba muy cerca de correrse y que era mejor aguantar un poco más, porque en ese punto se sentía como la esclava de él.

Vincent se estiró un poco de manera que sus brazos pudieran alcanzar el cuello de Sonia. Lo tomó con una de las manos que tenía libre y se lo sostuvo con fuerza. Hizo que ella se alzara un poco, así que su boca quedó cerca a uno de sus oídos.

—Me encanta hacerte mía... Eres mía. Tan mía. —Dijo él en medio de los jadeos y el esfuerzo que estaba haciendo.

Sonia, por su parte, sólo alcanzó a decir un “sí” con las palabras arrastradas porque ya no podía más por el dolor y por el placer. Al cabo de un

rato, Vincent siguió follándola hasta que ella se corrió con su verga adentro.

Poco después, ella se movió rápidamente para darle placer con la boca. Se acomodó entonces lo mejor que pudo y se metió esa verga entera, a pesar de las dificultades que tenía por tenerlo en la boca.

Se lo metió como pudo y enseguida se dispuso a saborear cada parte con delicadeza. Vincent estaba al borde del precipicio, así que le tomó el cabello a ella con firmeza e hizo que ella lo mirara directamente a los ojos.

Se quedaron como suspendidos en ese instante, como si el resto del mundo no tuviera importancia alguna. Un rato después, el calor del orgasmo que nació en la boca del estómago, fue hacia todas partes y fue hasta que Vincent no pudo más y se corrió en los labios de ella con fuerza.

Sonia no dejó de mirarlo aunque el semen caliente entró de golpe hasta su garganta. Tragó tanto como pudo, con el afán de no perder ninguna oportunidad de hacerle un cumpleaños inolvidable a Vincent.

Él terminó de expulsar todo y apenas tuvo la fuerza suficiente como para acercarse a la cama y acostarse por un rato. Sonia se levantó para lavarse y después regresar con él.

—¿Cómo la estás pasando hasta ahora? —Dijo ella mientras le acariciaba el cabello con suavidad.

—Muy bien. Hasta ahora ha sido lo mejor que me ha pasado. —Respondió Vincent sin dejar de mirarla.

—Todavía faltan más cosas, vas a ver que este día simplemente te encantará.

Él sabía perfectamente que ella tenía la razón. Sobre todo, porque cada vez que estaban juntos, la pasaban muy bien.

Más tarde, ese día, tuvieron más polvos al punto en que ambos ya no podían más y luego comieron pastel y fueron a cenar. Vincent vivió su cumpleaños por todo lo alto y eso era algo que él no podía negar. Estaba feliz y quería que esas horas no se terminaran.

Regresó a casa casi de madrugada y con el miedo de que su padre le dijera algo, pero por suerte no lo encontró así que se escabulló rápidamente hacia su habitación. Dejó sus cosas en una silla y se quitó la ropa con ansiedad porque deseaba quedarse desnudo y recordar el aroma de la piel de Sonia.

En cuanto se acostó, cerró los ojos y comenzó a disfrutar de los momentos que acababa de disfrutar con ella. Se reía solo y se sentía como un tonto pero lo cierto era que le gustaba mucho, muchísimo.

Sin embargo, estaba muy consciente que esa relación podía diluirse

rápidamente, puesto que ella era la mujer de un hombre muy poderoso.

Como si lo hubiera predicho, Vincent se enteró que Sonia y su pareja se separaban y que ella se mudaría a otra ciudad. En cuanto quiso verla, ella no se dejó puesto que estaba más bien concentrada en irse lo más rápido de allí.

No pudo evitar sentirse triste y también decepcionado. Se preguntó cientos de veces por qué no la dejó ver. Quizás ella tampoco estaba lista para tamaña situación. Así pues, se quedó solo con el recuerdo de haber estado con alguien que le enseñó muchas cosas, sobre todo las ansias de poder y dominio.

Después de los 18, la vida de Vincent avanzó de manera rápida y vertiginosa. Era claro que su padre lo quería como heredero del imperio, así que hizo lo posible por garantizarle la mejor educación. Si bien tenía un don natural para el liderazgo, también tenía que reforzar otras aptitudes para que se convirtiera en un hombre de negocios.

Para ese momento, el chico flacucho y pálido se volvió un hombre alto, fornido y muy atractivo. Apenas entró a la universidad las chicas se sintieron atraídas hacia él inmediatamente. Más por esa aura de chico malo que nació con él.

Lo cierto fue que Vincent no estaba particularmente interesado en esas cosas, puesto su meta final era tomar el liderazgo de la organización de su padre.

Por unos cuantos semestres se mostró muy bajo perfil, no obstante, decidió darle una pequeña oportunidad a la vida social puesto que sabía que esos años jamás regresarían. Entonces, comenzó a asistir a fiestas, a reunirse con los chicos de su edad y a pasarla bien.

Todo se veía interesante hasta que quedó envuelto en una situación particular, una que le enseñaría el mundo del BDSM y la consonancia tan fuerte que sentiría debido a sus ganas de dominio.

No tenía demasiadas expectativas de esa reunión, pero al menos le daría una oportunidad por no dejar. Fue solo como tenía la costumbre y de repente se topó con un mundo increíble.

La gente estaba sin tapujos ni tabús, andaban por el lugar luciendo en cueros o con los mejores atavíos en látex. Mujeres y hombres de todo tipo, expresándose como les daba la gana y sin temor de ser como querían ser. Fue una sensación agradable y poderosa para él puesto que de alguna manera siempre se había sentido reprimido en algunos aspectos. El estar allí le abrió los ojos por completo.

Por si fuera poco, asistió a unos cuantos eventos para ver cómo sometían

una hilera de sumisas, luego formó parte de una especie de conversatorio para dar instrucciones sobre cómo hacer los amarres correctamente y cuando pensó que había visto todo, fue testigo de una subasta de esclavos.

En un primer momento se sintió muy intimidado, pero luego se dio cuenta que todo aquello era bien natural y que parecía haberse conversado con anterioridad. No había personas siendo manipuladas u obligadas. Fue lo que más poderosamente le llamó la atención.

Ese fue el primer contacto que tuvo él con ese lado pervertido y desenfrenado que había estado dormido en su cuerpo, pero que de alguna manera siempre estuvo allí. De hecho, recordó esas veces en las cuales sentía era necesidad de controlar y dominar por completo. No era una locura, todo aquello era producto de su propia naturaleza.

Por supuesto, ya estaba cómodo con el lugar en donde se encontraba, sin embargo, necesitaba saber mucho más. Así que se mezcló entre la gente y logró conversar al respecto. Allí se dio cuenta que había varias cosas importantes que no podía dejar de lado.

—La relación se basa en el consenso, tío. De lo contrario, ya se le considera un abuso y ya está. —Se lo dijo una chica sumisa vestida de cuero. —Si ambos llegan a un acuerdo, todo perfecto, todo bien. Por eso es importante decir las cosas a tiempo, sin retrasos ni sorpresas porque puede llevar a un momento muy desagradable.

Él se quedó pensativo y gracias a las cervezas que tomó, siguió preguntándole a la gente hasta que dio con un Dominante. El hombre se veía bastante serio pero con la disposición de hablar con él.

—Verás, este es un camino que cada uno de nosotros decidimos. Lo que nos une a todos, más allá de esto, es que desde siempre sentimos la necesidad de saber y de ir más allá de lo que es el placer. Para otras personas es más sencillo, pero para nosotros es como una especie de escozor que nunca se va... Hasta que das con esa pieza fundamental que explica todo. Es un viaje de autoconocimiento y de paciencia. Lo que sí tienes que tomar en cuenta es el hecho de que te tienes que convertir en un observador, en un hombre atento ante las reacciones de la persona que esté contigo. Así será más fácil de monitorear qué es lo que siente y cómo lo siente aunque no te lo diga. No olvides eso.

Vincent quedó de nuevo pensativo en todas las cosas que le habían dicho esa noche. Por fin en mucho tiempo sintió que por fin pertenecía a algo mucho más grande que sí mismo y agradeció aquello porque no estaba solo.

De esta manera, él combinó las horas de estudios con sesiones candentes con sumisas que había conocido en la fiesta. Gracias a ello, ganó más y más experiencia al respecto puesto que cada una le daba consejos y le hacía comentarios sobre aquellas cosas que podía mejorar.

Él reunió todas las cosas en su cabeza y las utilizó para convertirse en un Dominante bastante bueno. De hecho, a pesar de su poca experiencia, mujeres mucho más experimentadas que él se morían por ser sus sumisas. Así que tan mal no estaba.

Con el paso del tiempo, se dio cuenta que era un tipo de Dominante que le gustaba hacer amarrares y dar contundentes nalgadas. Pensaba que el cuerpo femenino era perfecto en todos sus ángulos y formas, por lo que las marcas de sus manos en el culo era algo que le parecía el toque final.

Después de graduarse, la vida de Vincent cambió estrepitosamente. Ya no tuvo tiempo para divertirse ni para dedicarse a esas andadas. Ahora su responsabilidad consistía, básicamente, en entregarse por completo al trabajo que tenía frente a sí: la mafia.

Al llegar a ese punto, Vincent estaba más que listo, o al menos así lo pensó su padre en cuanto lo vio. Este, además, ya se encontraba bastante enfermo y estaba ansioso por dejar el trabajo a cargo a otra persona.

La condición del padre de Vincent llegó al punto en que murió pocos meses después. Los hombres más poderosos de la mafia pensaron que sería una gran oportunidad para tomar ese puesto, porque no le tenían demasiada confianza a ese chico. Pero el heredero demostraría que tenía todas las capacidades del mundo para continuar con ese legado.

Vincent se volvió un tío implacable y poderoso, cualquier persona que tuviera intenciones de traicionarlo lo pagaría muy caro. Además, no solo era un hombre de armas tomar, sino también un astuto administrador. Sabía muy bien cómo quería que su negocio creciera, sabía bien hacia dónde quería llegar, por lo que su ambición sería su brújula.

A diferencia de su padre, él estaba decidido a ganar espacios poco a poco. Los suficientes como para ir ganando terreno de manera paulatina. Cualquier persona que lo veía llegar, quedaba intimidada por esos ojos verdes oscuros y esa actitud de hombre intimidante. Sabía cómo hacer presión y cuánto.

Con respecto a su vida amorosa, no le prestó demasiada atención a las relaciones afectivas, puesto que estaba seguro que sólo existían para quitarle tiempo. Más bien estaba enfocado en estar con mujeres que le permitieran desahogar sus deseos como Dominante sin mayores problemas. Una sesión por

aquí y otra por allá que le ayudaban a sentirse más o menos equilibrado. Así que las ahorcadas y amarres le hacían mucho bien.

De resto, Vincent se percató que tenía que andar con cuidado. Mientras menos información supiera la gente sobre él, mejor para él. No descubrirían sus puntos débiles y sería más probable que no pudiera con su control.

Claro, esto también significó que ganara la antipatía de ciertas personas. Los enemigos nunca faltan, sin importar las circunstancias.

Así pues, Vincent, el ahora y señor de la mafia más poderosa de la ciudad, le puso el ojo a un club de striptease. Lo quería para él porque ese punto era sumamente estratégico. De hecho, ya estaba pensando en los planes y cosas que quería hacer en un futuro.

No sabía muy bien cómo lo haría pero ese lugar sería suyo.

III

Aunque no quería admitirlo, aunque le dolía mucho hacerlo, las cosas no estaban saliendo según los planes. Samantha estaba metida en un hueco que parecía imposible salir. Al principio pensó que todo se había normalizado y que sólo le esperaba paz y tranquilidad, sin embargo el club se volvió en epicentro de situaciones verdaderamente incómodas y difíciles de tolerar.

Ya no estaba trabajando en su horario, sino que estaba sujeta a las demandas de los jefes quienes solicitaban de sus servicios así fuera en la madrugada. Por si fuera poco, estaba siendo forzada a bailar aunque no tenía la más remota idea de cómo hacerlo.

La sola idea la intimidó lo suficiente como para mostrarse renuente ante la propuesta. Sin embargo, la presión se hizo casi insoportable y no sabía qué hacer.

Hizo el intento de renunciar pero no se lo dejaron. Para ese momento, Sofia le insistió como nunca a pesar que ambas no se caían bien. Aceptó sólo porque pensó que así podría ayudarla de alguna manera y así se apoyarían de persistir los problemas.

Cuando pensó que al menos podía contar con un aliado, despertó un día con la noticia que ella había sido “retirada” y para reemplazarla, había optado por un tío maltratador, ordinario y borracho. El club se convirtió en un nido de perdición.

Los únicos momentos en los que ella se sentía mejor, era cuando podía encerrarse en su habitación. Se quedaba allí por largas horas hasta quedarse dormida o simplemente buscaba la manera de irse de allí. De resto, vivía en una constante desesperación.

Samantha volvió a experimentar la necesidad de cortarse e incluso de suicidarse. Contempló esta última opción como una alternativa que le permitiría estar más tranquila, despidiéndose para siempre de las angustias que la tenían al borde de un colapso nervioso.

Cuando no pensaba en ello, se imaginaba en la posibilidad de que alguien llegara como una especie de caballero para darle libertad a las personas que estaban allí. Sin embargo, lo más probable sería que llegaría la policía para

meterlos a todos presos. Eso era un escenario que ella no podía ni quería plantearse.

Después de arreglarse el vestido y el cabello, se dispuso a bajar para atender a los clientes como siempre solía hacer. Bajó las escaleras y justo cuando estaba a punto de salir a la barra, sintió que alguien le sostuvo el brazo.

—Eah, tienes que venir conmigo. —Se trataba de uno de los tíos que siempre acompañaba al nuevo encargado.

—No puedo, tengo que trabajar. Suélteme. —Respondió ella tratando de impartir cierta autoridad.

—Mira, chiquilla, es mejor que vengas conmigo por si no quieres tener problemas. ¿Entendiste?

El hombre gordo, calvo y con aliento a ron barato, encerró más su mano sobre su brazo e hizo que ella exclamara un gemido de dolor. Luego, la empujó hacia sí, llevándosela consigo hacia la oficina del encargado. Nunca se imaginó sentir tanto miedo como en ese momento, incluso pensó en lanzarse de una ventana, correr, en lo que fuera.

Sin embargo, no pudo, la fuerza de ese hombre la jaloneaba de un lado a otro como si fuera un trapo. Subieron las escaleras y se detuvieron en la puerta. Ella trató de zafarse pero eso bastó para que el gordo apretara con más fuerza. Samantha sintió que se le iba a partir el brazo en mil pedazos.

—Adelante. —Se escuchó detrás de la puerta y ambos entraron.

El nuevo encargado estaba sentado en una silla de cuero de gran tamaño, cuya decoración la hacía ver bastante estafalaria. Parecía estar revisando los libros, puesto que pasaba las hojas con cierta brusquedad.

Samantha quedó frente a él e hizo un intento de no mirarlo con desprecio, pero es que no podía evitarlo. Le daba asco ese traje de poliéster vinotinto, los anillos de oro con piedras incrustadas, el pelo engominado y de aspecto grasoso. Así que llevó la mirada hacia el suelo para disimular la repulsión que le producía.

El tipo se desocupó y luego alzó los ojos para ver a Samantha.

—Bien, puedes retirarte. —Le dijo al tipo gordo.

—A ver, a ver, Samantha. Nos vemos de nuevo porque aún nos debes una respuesta importante, me parece que nos debes contestar sobre bailar. —Hizo una pausa para levantarse, luego caminó hacia ella con cierto aire lascivo. —La verdad es que te propuse eso porque me parece que una mujer como tú nos puede dar mucho dinero. Además, también creo que tienes mucho potencial y

sería una lástima desperdiciarlo.

Samantha permaneció en silencio. La verdad es que ya no sabía qué decir ante las insistencias. Dio su opinión al respecto pero fue obvio que era ignorada con creces. No la dejarían en paz hasta que aceptara.

—No, señor. Estoy bien con lo que estoy haciendo hasta ahora. Recibo buen dinero de las propinas y hasta ahora no he tenido problemas.

El tipo se acercó más de manera que casi empezó a rozar sus dedos en su brazo. Ella sintió ganas de salir corriendo, de que la tierra se la tragara pero se mantuvo firme.

—... Es que me imagino una chica como tú, bailando, moviéndose como Dios manda.

El aliento a whiskey casi le hizo vomitar, Samantha se alejó lo más posible hasta que pudo acercarse a la puerta.

—No, señor. No estoy interesada. —Dijo con severidad.

El tipo finalmente se apostó en el escritorio y la miró con condescendencia por un largo rato. Luego comenzó a tamborilear los dedos sobre el escritorio, hasta que comenzó a hablar con lentitud.

—Hemos sido muy permisivos contigo y eso lo sabes muy bien. Yo tengo paciencia, Sam. Mucha, pero esta situación me está llevando al límite. Lo que más te conviene es aceptar lo que te digo y trabajar de esa manera. Así mantendrás tu habitación y obtendrás todos los beneficios que quieras. De lo contrario, no me temblará el pulso para desecharte en un dos por tres. Así que por lo pronto te dejaré tranquila, pero no será por mucho tiempo. Ahora, vete y trabaja.

Las últimas palabras las dijo con un desdén tal, que ella se sintió como si fuera un objeto. Salió y sintió que todo su mundo se desplomaba lentamente. Tenía ganas de llorar pero no podía hacerlo, así que bajó esas escaleras haciendo el máximo esfuerzo por sonreír y mostrarse lo más complaciente del mundo.

En seguida, las luces de neón incidieron en su rostro triste. Caminó lentamente entre las mesas, mientras pensaba en lo que podía hacer para salir de esa situación. Primero pensó en que tenía un poco de dinero ahorrado, así que podía tomarlo todo e irse. Esa opción era la más lógica puesto que no tenía nada que perder. Era un alma acostumbrada a divagar, así que estaba lista para meterse de lleno en eso, aunque fuera una situación complicada.

A pesar de su corta edad, Samantha había vivido momentos crueles y muy duros, quizás por eso se acostumbró al fatalismo y a los escenarios poco

esperanzadores. En cuanto llegó a la barra, saludó al encargado y se puso su mandil para ponerse a trabajar, no tenía tiempo para distraerse con nimiedades.

Sentado en una esquina, en medio de las sombras de las luces, estaba Vincent acompañado por un grupo de hombres que se hacían pasar por sus amigos, pero lo cierto era que resultaban ser su guardia de seguridad.

Él estaba en silencio y observando cada aspecto del club. Había entrado gracias a que había comprado al seguridad que siempre estaba apostado en la entrada. Una buena faja de billetes de 100\$ siempre era una razón suficiente para “ayudar” a otro.

Entró tratando de mezclarse con la gente, aunque era difícil ya que se trataba de un hombre llamativo debido a su altura, contextura y atractivo físico en general. Lucía impecable con su traje de color negro, sus zapatos lustrados y esa camisa blanca bien entallada. Era un tipo elegante y lo sabía muy bien.

Dio unos cuantos pasos antes de llegar al asiento que había seleccionado. Optó por ese lugar porque le permitía tener una perspectiva más amplia del lugar. Se sentía como un cazador observando a su presa con sumo cuidado.

Estaba decidido a tomar el club y todo lo que había en él. Lo convertiría en uno de sus tantos negocios y lo volvería rentable, más de lo que ya era. Primero observó a las chicas que estaban bailando y pensó que necesitaban un poco de refinamiento, quizás mejores prendas y mejor ambiente para que se pudieran desenvolver.

Giró la cabeza y observó el resto del lugar: la barra, los asientos para los miembros VIP, las otras pistas de baile y más saloncitos privados. Nada del otro mundo. Incluso, pensó que el lugar estaba bastante descuidado y que era momento de poner una mano en serio, algo que lo hiciera ver como un lugar para recibir a gente con clase.

En un punto no pudo evitar sentirse un poco asqueado pero si quería el lugar, debía analizar de cerca a su competencia. Siguió allí hasta que vio descender de unas escaleras a un hombre con un horrendo traje de poliéster de color vino oscuro y un montón de anillos de oro en los nudillos. Sonreía a todos lados, mostrando sus odiosos dientes blancos.

Vincent también sonrió pero desde la distancia. El tío ese de seguro se sentía como el más poderoso del mundo, nada más lejos de la realidad. Estaba seguro que en cualquier momento se encontrarían y tendrían un enfrentamiento, así que estaba preparado para todos los escenarios.

Se quedó sentado y pensó en pedir algo para tomar, tenía la sensación de

que la noche sería más larga así que necesitaba algo para refrescarse. Justo en ese momento, hizo contacto visual con el tío que atendía la barra.

—Eah, Sam. Hay un cliente que quiere pedir algo de tomar. —Dijo el bartender a Samantha. Ella giró la cabeza pero no pudo ver con claridad a la persona que debía atender, sin embargo, tomó una pequeña libretita y se arregló un poco el cabello.

Caminó en esa dirección aunque tenía la mente ocupada en cientos de cosas, sobre todo en la situación en la que estaba metida. ¿Qué podría hacer para salir airosa de todo aquello? No tenía idea.

Siguió caminando hasta que las luces de neón incidieron en el rostro de ese hombre. Ella se quedó impresionada, como si hubiera recibido una especie de golpe en el estómago. Por alguna razón, mientras iba hacia adelante, sintió que el tiempo se ralentizó, que el ruido de la música se desvaneció y que el resto de la gente desapareció por arte de magia, como por un chasquido.

Cuando lo tuvo en frente, casi sintió que sus piernas se volvieron de plastilina. Ese mentón cuadrado, el cabello bien peinado y el brillo de esos ojos verdes oscuros. Tenían un fulgor, una magia que no pudo describir. Experimentó como una especie de corriente eléctrica por todo el cuerpo.

—Buenas noches, señores y bienvenidos. Mi nombre es Samantha y estoy aquí para servirles. ¿Qué se les apetece esta noche? —Samantha dijo esas palabras con sumo nerviosismo, aunque hizo un enorme esfuerzo por no perder el control de sus palabras.

Vincent la miró directo a los ojos, prácticamente sin pestañear. Se dio cuenta que era una chiquilla, pero eso no quiso decir que no la encontrara hermosa, increíblemente hermosa. Le pareció divertido que ella usara zapatos de tacón para verse un poco más alta, y que usara una trenza para lucir un poco más madura. Pero no hacía falta, esas pequeñas pecas, lo redondo de sus ojos y esa mirada inocente daban a entender que se trataba de una jovencita.

Entonces él se inclinó hacia adelante y la miró mientras esbozó una sonrisa suave.

—¿Qué tienes de interesante?

Ella se quedó un poco intimidada. Samantha no estaba segura de qué hacer, lo más extraño era que se trataba de un trabajo que ya dominaba a la perfección pero ese hombre la ponía nerviosa de una manera indescriptible.

—Ehm, esta noche contamos con una nueva carta de tragos y también tenemos la opción de un vodka especial traído de Polonia. Es uno de las

marcas favoritas que tenemos en el momento. ¿Le gustaría probar?

Vincent se quedó callado, con la misma expresión de cuando la miró por primera vez. Callado y detallando cada parte de ella. Estaba intrigado por todo aquello que estaba escondiendo. A pesar de los evidentes nervios, se dio cuenta que ella parecía triste y muy preocupada, esas emociones se percibieron con tanta sinceridad que casi se conmovió.

—A ver, tráeme este trago. Mis amigos no son de beber. Pero no te preocupes, si me gusta, pediré más. ¿Te parece bien?

—Sí, sí, señor. Muchas gracias. Se lo traigo en seguida. —Respondió ella esbozando una sonrisa.

Él la miró y pensó que todo el sitio se iluminó de repente. Luego de verla partir, trató de recordar qué otro momento se había sentido así, pero resultó que fue la primera vez. Entonces se echó para atrás y suspiró por un largo rato.

Samantha llegó a la barra, hizo el pedido y esperó el trago. Por un momento quiso voltearse para verlo. ¿Sería él su caballero en su brillante armadura? ¿Se trataría de esa persona que le daría la libertad que quería? No estaba segura, pero por dentro tenía la sensación de que quizás no estaba muy equivocada.

—Toma, lo preparé y quedó como un bombazo. Espero que al tío le guste lo suficiente como para que pida más.

—Yo también.

Samantha se regresó y entregó el trago con una sonrisa. Sin embargo, el tipo no parecía muy concentrado en beber. Él aceptó amablemente y su concentración quedó sujeta hacia otro lugar. Ella optó por desvanecerse entre las luces y el ruido para no parecer indiscreta, pero se dio cuenta que no dejaba de mirar al encargado.

Vincent estaba notablemente interesado en él, como si quisiera saber más, como si tuviera algo importante pero Samantha no tenía demasiadas pistas al respecto. Así que pensó que lo mejor que podía hacer era seguir con lo suyo.

Por otro lado, entre los planes de Vincent sólo estaba el de explorar el lugar un poco, nada más. No obstante, tenía la sensación de que aquello cambiaría drásticamente en cuestión de tiempo. Estaba demasiado determinado en obtener ese lugar para sí y tenía claro el costo que eso representaría.

El encargado pareció notar que alguien lo observaba con detenimiento, como si estuvieran calculando cada accionar. Pero lo olvidó de repente porque ahí mismo comenzó a beber. Típica conducta de una persona que no

tiene la más mínima intención de controlarse, a pesar que estaba trabajando.

No pensó que esa escena le afectara tanto, pero Vincent se sintió un poco turbado por esa situación, no supo exactamente la razón, pero le pareció que esa jugada era un absurdo, una persona que bebía de esa manera, que tenía el ambiente del club como si fuera un bar de mala muerte y que, de paso, se aprovechaba de la compañía de las mujeres por el mero hecho de tenerlas a su alrededor, le pareció absurdo.

La molestia le creció más y más dentro de su estómago, era una especie de furia que parecía que no podía controlar. Hizo el esfuerzo por quedarse tranquilo, pero algo le dijo que aquello sería más bien un esfuerzo inútil.

Miró a su alrededor y se dio cuenta que estaba rodeado de unos cuantos hombres que lo acompañaban. Todos estaban atentos a sus órdenes, ni más ni menos. Por un momento, pensó que sería un poco absurdo pero ¿por qué no intentarlo?, ¿por qué no probar que tenía fuerza y contundencia, que también tenía la capacidad de dar golpes duros? Volvió a pensar y sonrió para sí mismo, estaba listo para dar el golpe.

Se acercó lentamente hacia uno de los oídos de sus guardias y habló con serenidad. Este le transmitió la idea a otro y así fuera hasta que todos parecieron prepararse para lo que estaba por suceder.

Al otro lado del lugar, Samantha estaba distrayéndose con vacos y con los cócteles que llevaba hacia las diferentes mesas que estaban allí. Iba y venía pero de vez en cuando miraba hacia la mesa que estaba en la esquina. Trataba de encontrarse con los ojos de ese hombre que parecían que la atravesaban por completo, pero no pudo dar con él, quizás porque no podía ver bien.

Trató de quedarse tranquila pero su interior también le decía que algo estaba a punto de suceder, era el presentimiento de algo pero no tenía demasiado claro de qué se trataba todo el asunto. Ignoró ese frío que tenía en el estómago puesto que lo interpretó como algo tonto, así que siguió en lo suyo, hasta que pasó algo que le hizo sentir una especie de frío en el estómago: se trataba del brazo de ese hombre que estaba alzado a modo de llamado.

Ella trató de tranquilizarse y respiró profundamente con la intención de pretender que tenía todo bajo control y que podía actuar con naturalidad. Se alisó de nuevo el mandil y salió a su encuentro.

—Sí, señor. ¿En qué lo puedo atender?

—Disculpa que te haya molestado, pero es que necesito otro buen trago como el que me trajiste la primera vez, pero quiero que sea un poco más fuerte... —Luego se quedó en silencio sin dejarla de mirar. Tras esos

segundos de tensión, procedió a acercarse un poco hacia ella. —Dentro de poco sucederá algo muy importante, por lo que te recomiendo que busques un lugar en dónde quedarte, ¿vale?

Samantha no entendió de qué se trataba todo ese asunto. De hecho, se quedó con el cejo fruncido, e incluso tuvo la necesidad de hacerle una pregunta, pero no lo hizo. Prefirió quedarse tranquila, en silencio y asentir con suavidad. Con el tiempo, había aprendido que a veces las personas recibimos señales que hay que seguir y no cuestionar demasiado las cosas.

Se retiró y fue directamente hacia la barra para hacer la petición del trago, el bartender la miró con cierta extrañeza pero no le preguntó porque los pedidos iban y venían. No hubo tiempo.

Ella regresó a ese mismo punto y lo miró con cierta severidad, quizás producto de esa sensación que parecía aplastarle el corazón. Tenía miedo pero también tenía la certeza de que su vida cambiaría para siempre a partir de ese instante.

Regresó a su puesto de trabajo y se concentró en la escena que estaba a punto de suceder. La tensión parecía que crecía cada vez más.

Vincent tomó el trago de un solo golpe y dejó el pequeño vaso sobre la mesa de madera lustrada. Apoyó sus manos sobre las piernas y respiró profundo. Varios de sus acompañantes tomaron la ventaja y se levantaron para irse a varios puntos estratégicos del lugar, estaban monitoreando los puntos de fuga y la intención de él era controlar hasta el más mínimo detalle.

Esperó un poco más, sobre todo porque esa chica que lo había atendido parecía genuinamente, por lo que sintió preocupación por ella. En serio quería que se encontrara bien y salvo.

Cuando la miró detrás de la barra, fue como si hubiera recibido una especie de señal. Se dijo a sí mismo que ese era el momento perfecto para comenzar con el plan. Ya no habría marcha atrás.

Se levantó del mueble en donde se encontraba y caminó hacia el encargado del local. Lo hizo lentamente, como marcando los pasos con mayor énfasis. Se dio cuenta que hubo gente que no lo dejaba de mirar, estaban concentrados en él, en ese aspecto dominante y peligroso.

—Tienes un buen lugar para hacer cosas interesantes pero aún creo que sigues empeñándote en hacer las cosas mal. Eso sinceramente me llama mucho la atención. —Dijo esas palabras con obvio desprecio, como si no le importara en lo más mínimo que el tío estaba demasiado concentrado en el trago que tenía frente a sí.

La carcajada del encargado de quedó congelada en el aire, cuando terminó de escuchar esas palabras, no supo muy bien qué hacer. Pero cómo se trataba de él, se refugió en su cargo y en la supuesta posición que tenía, así que dejó de hacer lo que estaba haciendo y giró su odiosa cabeza para hablar con la persona que parecía insistir en comunicarse con él.

En cuanto hizo contacto visual, se dio cuenta que su rostro se le hacía familiar, sabía que lo había visto en algún lugar pero no sabía en dónde. Estaba confundido y también un poco incómodo, la mente estaba revisando los recuerdos pero por más esfuerzo que hacía no lo lograba.

—¿Qué es lo que te pasa, tío? No la puedes cortar y ya. —Respondió con lo único que se ocurrió.

—Sabes muy bien de qué estoy hablando. Es una soberana pérdida de tiempo que estés a cargo de un lugar como este. Simplemente no lo mereces y tienes que estar consciente de ello. ¿Comprendes?

El tipo ya estaba calentándose, de hecho, parecía que en cualquier momento iba a encenderse. Sus ojos negros se volvieron más pronunciados y parecía que el aceite del pelo se le estaba comenzando a correr por los lados. La ira se le estaba manifestando de una manera extraña.

Vincent le sonrió con condescendencia y notó que su interlocutor se molestó hasta que se le brotó la vena de la frente. Le causó un poco de risa que fuera producto fácil de la ira.

—A ver... Sabes a lo que vengo y qué es lo que quiero. El que la gente se me quede viendo es porque saben quién soy, y apuesto que tú tienes el presentimiento de las cosas que hago. Por lo tanto, te propongo que hagamos las cosas de la mejor manera posible. Entrégame el local y dedícate a beber como lo que eres, un borracho de quinta. Esto será mío y lo convertiré en algo en algo que valga la pena.

Lo dijo con la mayor seriedad del mundo, sin que ni siquiera se inmutara. Un hombre como él estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones, donde las personas tenían que ser convencidas a la fuerza, y él estaba dispuesto a llegar a ese punto... No le importaban las consecuencias.

El hombre se alteró lo suficiente como para levantarse de la silla y amenazar con unos cuantos golpes y puñetazos. Vincent estaba consciente que eso era indicativo de que estaba blindado por guardias de seguridad, hombres que desplegados por todo el local. Era un imbécil pero no tonto.

En ese momento, la paciencia de Vincent su fue para el demonio por lo que metió la mano en la chaqueta y sacó una 9 mm de color negro mate. Le quitó el

seguro y mantuvo la mirada sobre el tipo.

—Yo sé que tienes tarados que cuidan este lugar... O creen que lo hacen, pero resulta, amigo mío, que yo también soy un hombre previsor y por eso traje apoyo. Gente con una increíble capacidad y control, gente que no es como tú ni como los tuyos... Créeme.

Lo dijo con la mayor frialdad del mundo, como si midiera cada palabra, como si no tuviera miedo en decirlas. El desafío era algo que tenía la costumbre de hacer y que además había perfeccionado. Así que se mantuvo plantado, apuntándole la cara y con la sangre fría.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Me lo darás o te pondrás como un gilipollas?

Vincent terminó de decir esas palabras y por alguna razón, se escuchó el sonido de una detonación no muy lejos de allí. Por supuesto, el desastre se detonó de inmediato. Gente corriendo de un lado para el otro, gritos, mujeres y hombres huyendo despavoridos. El terror era algo vívido y algo muy real.

La confusión produjo que Samantha no supiera muy bien qué hacer, por lo pronto, optó por quedarse detrás de la barra mientras estaba desatado todo ese desastre. Incluso, aun estando allí, trozos de vidrio volaron cerca de su rostro, hiriéndola levemente.

El bartender la abrazó para protegerla ante ese caos que parecía no tener fin. Estuvieron allí juntos, por un largo rato.

Debido al húmedo y la pólvora, Vincent perdió cierto grado de visibilidad. Sin embargo, eso no bastó para detenerlo. De hecho, sólo se movió unos cuantos centímetros del lugar en donde se encontraba.

Despejó los ojos y lo vio allí, en el suelo mientras la gente iba y venía. Alzó la mirada y se dio cuenta que aún algunos de sus guardias estaban dando órdenes de todo tipo para que la situación se controlada paulatinamente.

Notó que ese traje vinotinto y de mal gusto estaba lleno de polvo y de restos de pintura. El rostro de ese patético personaje, manchado por marcas de pisotones y de licor. Parecía un retrato de lo absurdo.

Vincent se agachó y lo miró a los ojos con aire amenazante, la verdad fue que estaba bien harto de la situación:

—Te dije que las cosas terminarían mal. Pero no me hiciste caso, porque tu soberbia de mierda pudo más. Francamente me parece patético que un tío como tú no se haya dado cuenta de la estupidez que acaba de cometer. Ahora, volveré a preguntarte esto para que tengamos las cosas claras: ¿me darás el local sí o no?

El encargado tenía los ojos ausentes y perdidos, la boca ensangrentada y

una mueca que parecía denotar disconformidad. Se incorporó como pudo y Vincent notó que tenía el mismo aire de desafío.

—Haz lo que te plazca, pero eso sí, esto no se quedará como tú piensas. Las consecuencias de tus actos vendrán hacia ti y serás incapaz de siquiera cómo reaccionar a tiempo. Estás jodido y eso lo debes de saber muy bien.

Vincent se levantó ya que se mostró notablemente molesto por la insolencia de ese hombre. ¿Cómo se atrevía hablarle de esa manera, mostrarse con desafío aun cando sabía que perdió todo?

—A ver, supongo que esto me lo dices porque eres un mal perdedor. Eso está mal, y más cuando te lo advertí, porque así lo hice. —El tono de voz de Vincent se volvió más grave.

—Eres una maldita escoria... UNA MALDI...

El encargado quedó silenciado porque Vincent le disparó en una rodilla. Las palabras repentinamente quedaron ahogadas en un dolor inexpresable, profundo, intenso. Uno que le recorrió el cuerpo en cuestión de segundos.

—Sigues siendo una cucaracha...

Se dio la vuelta mientras escuchó una serie de maldiciones a sus espaldas. Pocos segundos después, un par de guardias se llevaron al encargado para dejarlo en algún lugar.

Vincent caminó por el club como el nuevo y amo. Con las luces encendidas, el sitio se veía completamente diferente: más sucio y hasta repugnante. Mientras andaba, se dio cuenta que había varias personas que se encontraban escondidas por esquinas y debajo de las mesas, en ese momento recordó a la chica que le había servido los tragos.

Corrió levemente hasta que se asomó por el bar. La encontró a ella a un chico que identificó como quien preparaba los tragos.

—Ya pueden salir de ahí. Ya todo terminó. —Dijo para sacarlos de ese estado de ensimismamiento.

El chico ayudó a Samantha a ponerse de pie. Ella, mientras, parecía estar todavía inmersa en una especie de trance emocional. De hecho, estaba temblando y tenía los ojos llorosos.

—Vale, yo me quedo con ella. Mejor vete. —Le dijo Vincent al chico. Este dudó por un momento pero luego se fue sin pensarlo demasiado.

Samantha tenía los ojos aún cerrados cuando escuchó que él le dijo que los abriera. No lo hizo inmediatamente porque temía ver algo que le causara un gran impacto, así que se tomó su tiempo en hacerlo.

—Tranquila, ya pasó todo.

Entonces lo hizo, Samantha se encontró con ese hombre alto, un poco sucio pero con la mirada amable y dulce.

—¿Estás bien? —Dijo con lentitud.

Apenas terminó de decir las palabras, estiró una de sus manos para limpiarle un poco la sangre que ella tenía en el rostro. Notó algunos cortes y sintió la necesidad de quitarle los restos de vidrio y madera.

—Sí. Sólo que muy asustada. Es todo. —Samantha pensó en inmediato lo que sería de su futuro. Ahora que el encargado ya no estaba, supuso que su camino había cambiado de rumbo de nuevo, y que le tocaba irse otra vez.

Pensó en el dinero que había guardado y en lo inteligente que había sido para tener unos fondos. Quizá no era demasiado pero posiblemente le ayudaría a tener una mejor base.

Sin embargo, comenzó a cambiar de idea lentamente cuando sintió el roce de los dedos de ese hombre sobre su rostro. La acariciaba con suavidad, como si no quisiera romperla. Entonces, los dos se miraron fijamente, el tiempo se detuvo y ella experimentó la necesidad de ir hacia él, de quedarse a su lado. Era una situación que le tomó por sorpresa, claro, pero era algo que su instinto le gritaba sin parar.

Vincent se acercó un poco a ella y admiró el tono de esas hermosas pecas que tenía en las mejillas y cerca de la nariz. Agachó un poco la cabeza puesto que era mucho más alto que ella.

—¿Tienes en dónde quedarte?

—No, pero no importa. He ahorrado algo de dinero y creo que podré quedarme un par de noches en un motel.

—No, te vienes conmigo. Anda, ve por tus cosas y encuéntrame aquí. Venga.

Ella se quedó helada por un momento, no entendió lo que ese hombre le quería decir, sin embargo, una especie de fuerza sobrenatural hizo que ella levantara los pies y corriera hacia la planta superior del club.

Subió las escaleras con rapidez y fue hacia su habitación, tomó un bolso y lo llenó de su poca ropa y también introdujo un sobre en donde estaba todo el dinero. Por un momento se detuvo y pensó en él. ¿Por qué estaba haciendo lo que estaba haciendo? ¿Por qué tenía de repente esas ganas de besarlo, de apoyarse sobre sus lustrosos zapatos y lamerlos? ¿Por qué despertó en ella esas ganas de someterse por completo? No lo tenía claro, no sabía qué era tampoco, pero de todas maneras lo haría.

Miró su habitación antes de irse y ser percató que estaba preparándose

para dejar atrás toda una vida que dio por hecha. En ese momento, recordó la primera vez que entró, en el miedo que experimentó y en las ganas de salir huyendo cuando casi se vio obligada a trabajar como una bailarina exótica.

Estaba a punto de hacer un salto muy grande, uno que significaba un sacrificio enorme porque no tenía idea de lo que se encontraría en un futuro. No obstante, sólo podía pensar en las ganas de saber qué era lo que él le tendría preparado.

Así pues, Samantha salió de ese lugar tan rápido como pudo cuando apenas escuchó las sirenas de las patrullas a lo lejos. Bajó las escaleras y Vincent la tomó de inmediato por el brazo.

—Venga, tenemos que irnos rápido.

Los dos comenzaron a correr y atravesaron parte del local. Justo en ese momento, ella miró hacia atrás y se dio cuenta que su vida dio un giro inesperado... Otra vez.

Salieron por la puerta trasera y los dos se subieron rápidamente a un coche negro que estaba ya aparcado allí.

—A la casa. —Vincent le dijo esas palabras al chófer que estaba allí, atento a sus órdenes.

Samantha se quedó mirando fijamente el lugar hasta que este comenzó a desaparecer a la vez que se perdían entre las calles y el caos de la calle.

—¿Estás bien? —Preguntó él mientras la miraba fijamente.

—Sí, creo que sí.

IV

Samantha apoyó la cabeza en una de las ventanas y de repente sintió que todo el cansancio del mundo le había caído encima. Quizás había sido producto del estrés y de la incertidumbre que acaba de pasar.

Vincent la miró atento, puesto que se quedó impresionado con esa chica de aspecto frágil que se había quedado allí, mientras era mecida por el andar del coche. Después, sacó su móvil de uno de los bolsillos y comenzó a escribir con rapidez. En ese momento ya estaba planificando cómo llegaría al local y al personal que se encargaría del lugar. No le gustaba perder el tiempo y menos cuando tenía tanta adrenalina en la sangre.

Dejó el móvil y volvió a concentrarse ella. No pudo evitar sentirse fascinado. Ella se veía tan sutil, tan suave y frágil. No podía evitar las ganas de tomarla entre sus brazos y protegerla por siempre. En ese momento, él se dio cuenta que había pasado bastante tiempo sin sentirse de esa manera.

El coche comenzó a disminuir su ritmo hasta que los dos llegaron finalmente al lugar. Vincent se acercó lentamente hacia ella y le tocó el brazo con delicadeza.

—Despierta, ya hemos llegado.

Ella abrió los ojos y se encontró con el lugar más hermoso que había visto jamás. Era una enorme mansión de color blanco y metal que estaba en una zona bastante alejada de la ciudad. De hecho, a ella le costó reconocer el sitio en donde estaban, casi pensó que era un sueño.

Como pudo, logró incorporarse y se acomodó el cabello y parte de la ropa, la cual estaba rota y sucia por el caos que acababa de dejar.

Hizo el gesto de bajarse pero el chófer le abrió la puerta ahí mismo. Nadie le había extendido un mínimo de cortesía y eso le parecía demasiado extraño y ajeno. Ella salió y Vincent estaba cerca, esperándola para entrar.

—En cuanto entremos, haré que coloquen tus cosas en una habitación. Así podrás cambiarte y tomar una ducha. Cuando termines, vendrás a comer. ¿Te parece?

—Sí, sí. Muchas gracias. De verdad.

—No te preocupes. Te quedarás conmigo, ya no tendrás que pensar en

quedarte en un hotel o no porque, como verás, tengo suficiente espacio para invitados. —Dijo él con una amplia sonrisa, mientras ella hacía el esfuerzo de mantenerse de pie. Así que anda, ve, luego te avisaré para que comas conmigo.

Samantha no supo cuándo pero arreglaron la habitación para invitados con suma rapidez. Quizás fue en el momento en que los dos estaban hablando, ella no lo supo muy bien.

Lo cierto fue apenas entró a la habitación, soltó sus cosas, dejándolas caer en el suelo. Fue hacia la cama y se lanzó sobre ella con los brazos estirados, con la imagen de que estaba en el paraíso.

La cama estaba increíblemente cómoda, la sábana era suave y olía a limpio. No recordaba la última vez que disfrutó de una sensación como esa. Casi, casi pensó que imaginó por un momento que esa realidad no se le escaparía de las manos. Por más volátil que se sentía todo.

Se quedó un rato allí hasta que se le despertó la curiosidad de saber cómo luciría el baño. Se levantó con cuidado y dio unos cuantos pasos hasta que entró al lugar. Buscó el interruptor con un par de dedos y encendió la luz. Hizo un gesto de sorpresa en cuanto se encontró en ese sitio.

Era blanco y había una pared de madera del mismo material que el suelo. De resto, la ducha, el inodoro y el espejo con el lavamanos estaban separados por tres paneles de vidrio opaco. Le daba una sensación de hotel y lujo.

Se acercó para lavarse las manos y justo en ese momento se miró al espejo. Tenía el rostro con unas cuantas marcas finas debido a los vidrios rotos y a los restos de madera que volaron cuando el lugar se convirtió en una verdadera batalla campal.

De repente, le sobrevino esa sensación de congojo, de incomodidad porque no se había dado cuenta que estaba tan desprotegida, tan a la deriva. Siempre asumió que su situación de vida no cambiaría demasiado, que siempre iría hacia adelante. Entonces, al darse cuenta de la situación, se permitió llorar hasta más no poder.

Soltó todo el dolor y el estrés y la incomodidad por la que tuvo que pasar, sus ojos se volvieron de un rojo intenso por el esfuerzo, al igual que su frente y parte de sus mejillas. Cuando ya no pudo, pudo calmarse y pensó que era buen momento de tomar un baño caliente.

Se quitó la ropa rota y las medias, los zapatos de tacón que ya no soportaba y también deshizo la trenza que tenía, aunque ya estaba maltrecha. Quedó completamente desnuda y se miró un rato más con cierto asombro. Su delgadez quizás se debía a que no comía bien por el estrés. La preocupación

era tal que no le provocaba probar bocado alguno, por más que lo intentara.

Ahora, mientras estaba recibiendo la satisfacción de sentir el agua tibia sobre su espalda, sintió que toda el hambre que no había sentido antes se le manifestó justo en ese momento.

Masajeó su cabello y se duchó como no lo había hecho en mucho tiempo. Al final, sintió que se había quitado todo de un solo golpe. Aunque pensó que podía quedarse dormida en ese lugar, se dio cuenta que no podía hacerlo puesto que había aceptado la invitación a comer que le hizo Vincent.

Salió desnuda para experimentar esa sensación de libertad que le daba el andar sin ropa. El calor suave de la calefacción la hizo sentir cómoda y a gusto, también el hecho de andar descalza y percibir la suavidad de la alfombra bajo sus pies.

Incluso, por un momento tuvo la idea de echarse allí, pero de repente escuchó el sonido de su estómago haciendo toda clase de ruidos. Ya no podía más. Entonces, tomó el bolso y sacó un par de jeans y una camiseta que tenía, unas zapatillas que logró atisbar y un suéter. Quería estar cómoda porque aquello sería un acto de rebeldía contra ese uniforme y zapatos que sólo sirvieron para torturarla por meses.

Se sentó sobre la cama con la intención de peinarse el cabello ligeramente con los dedos. Permaneció allí hasta que escuchó que alguien tocaba la puerta. Se levantó con cuidado y se acercó para abrir.

En cuanto lo hizo, se encontró de frente con el rostro bello y sensual de Vincent, quien también pareció haberse tomado un poco de tiempo para arreglarse. Sólo tenía una camiseta negra y un par de jeans pero eso fue necesario para verse increíblemente guapo. A Samantha le costó creer que un tío con semejante atractivo fuera así de aplastante.

—Disculpa, no quise interrumpirte.

—Tranquilo, no lo haces. —Respondió ella en un tono bajo y bastante tímido.

—Bueno, sólo te quería decir que he pedido pizza y que pensé que quizás ya tendrías un poco de hambre. ¿Qué dices? ¿Me acompañas?

—Sí, sí. Claro. Muero de hambre.

El entusiasmo de la comida fue suficiente como para distraerla de los nervios que estaba experimentando en ese momento. Así pues, que procuró seguirlo con cierta distancia para no molestarlo con su presencia, hasta que después los dos llegaron a la cocina.

Apenas percibió el olor a pizza recién hecha, Samantha pensó que no

podría más porque estaba que se lanzaba hacia el plato. Así que hizo su mayor esfuerzo por no parecer demasiado desesperada.

—Sé que tienes mucha hambre, no tienes por qué esperar. Anda, come.

Samantha se acercó al mesón y levantó la tapa de cartón. Su sonrisa iluminó su rostro y Vincent la miró con una enorme satisfacción. Ella tomó un trozo y apenas lo llevó a sus labios, hizo un gemido de felicidad.

—Come lo que quieras, hay suficiente.

Ella se sentó y procedió a comer tanto como su hambre pudo. Sus mejillas y sus labios se llenaron de migajas y de restos de sémola. Sus dedos estaban mojados de salsa roja y de la grasa del peperoni.

Al cabo de un rato, Samantha se reclinó un poco y bebió un poco de gaseosa que estaba en un vaso de vidrio.

—Si quieres más, hay más. No te detengas por mí.

—Tengo que tomar un poco de tiempo porque de lo contrario, creo que me sentiré mal después. —Respondió ella con una amplia sonrisa.

Los dos se quedaron en silencio por un rato y fue sentir como la tensión iba creciendo cada vez más. Samantha lo observó y se percató del brillo de esos ojos verdes que tanto le gustaban.

—¿Cómo te sientes? ¿Todo está bien en la habitación?

—Sí... Es muy cómoda. Me encanta la cama. Creo que no había visto una cama así de grande.

Cuando terminó de responder, se sintió un poco mal consigo misma. Fue un sentimiento de tristeza que la embargó de repente.

—No pienses en cosas malas. A partir de hoy dormirás y comerás bien, así que no te preocupes.

Los dos sonrieron ampliamente.

—Gracias, de verdad. Creo que no me sentía así se bienvenida desde hacía tiempo... Creo que nunca.

Poco después, el cansancio le cayó sobre los hombros, como un peso muerto, contundente. Samantha tuvo ganas de irse a dormir y Vincent lo notó rápidamente, así que se levantó para acompañarla a la habitación.

Le tomó delicadamente por el brazo y ambos subieron las escaleras con cuidado. En ese instante, él sintió unas ganas inmensas de irse hacia ella, de tomarla entre sus brazos y besarla hasta que sus labios se gastaran.

Samantha, por su lado, a pesar del cansancio y el sueño, ella ansiaba estar con él, probar sus labios y experimentar el deseo del cuerpo que estaba manifestándose a niveles que nunca había imaginado.

Finalmente llegaron hasta la habitación y él la dejó en todo el umbral.

—Espero que puedas descansar. Mi habitación está al final del pasillo por si necesitas algo. No temas en preguntar cualquier cosa.

Ella asintió levemente y antes de entrar, fue hacia él y le dio un beso suave en la mejilla.

—Gracias... De verdad.

Entró a la habitación y cerró la puerta sintiendo que su cuerpo se deshacía en el suelo. Quería estar con él y ya no podía más con eso. Se quitó toda la ropa y se acostó sobre la cama y cerró los ojos. Sintió que su mundo estaba dando vueltas y necesitaba un poco de tranquilidad.

Vincent entró a la habitación y comenzó a caminar como si fuera una fiera enjaulada. Tenía la cabeza hecha un embrollo porque estaba lidiando con sus problemas y con el hecho de que esa chica estaba quedándose allí. Era como tener la tentación a pocos metros.

Miró la puerta por un rato y se sentó en la cama poco después. Se acostó forzándose a sí mismo y se dispuso a pensar en otros asuntos. Quizás de esa manera se quitaría la idea de la cabeza de estar con ella... Aunque no podría tan fácilmente.

Apagó las luces y se obligó a sí mismo a dormir. A pesar que era un hombre determinado y acostumbrado a tomar lo que quería sin problemas, estuvo consciente de que no podía hacer lo mismo con ella. No se trataba de un objeto y ni de una persona común y corriente.

El tiempo pasó y ambos se quedaron dormidos. Sin embargo, pocas horas después, Samantha se levantó de la cama porque no pudo seguir. Apenas se incorporó sobre la cama, se dio cuenta que estaba bañada en sudor.

Trató de secarse un poco la frente pero luego tuvo que ir al baño para limpiarse un poco. Apenas encendió la luz, se miró a sí misma y notó que sus mejillas estaban encendidas.

En ese momento, hizo el esfuerzo de pensar a qué se debía todas esas emociones que tenía por dentro. Quería saber cuál era el origen de ese calor, de esas ganas que le nacían desde el interior de su estómago. ¿Qué era todo aquello?

Se sinceró consigo misma, estaba excitada y no tenía idea de cómo lidiar con aquello. Sin embargo, respiró con calma y dejó que su instinto hablara con libertad. Tenía que ir hacia él, no había nada más que decir.

Se preparó y fue hacia la puerta, giro la perilla y se encontró con una oscuridad profunda y casi absoluta. Samantha dio unos cuantos pasos y caminó

con pausa hacia la dirección de la habitación de Vincent.

Mientras lo hacía, el corazón le latía con una fuerza impresionante. Por momentos, tenía la sensación de echarse para atrás, de renunciar a esa idea absurda pero no pudo, había algo más, algo que le decía que tenía que continuar.

De un momento a otro, se encontró de frente con la perilla de la puerta. Metálica y brillante, lo sintió frío apenas sus dedos entraron en contacto con este. Se quedó quieta unos segundos y luego tomó la decisión más importante de su vida hasta el momento, la giró con lentitud.

Asomó la cabeza con cuidado hasta que se encontró con su imagen. Él estaba durmiendo plácidamente, tenía la mano sobre el pecho y la cabeza hacia un lado. El perfil estaba ligeramente iluminado por los rayos de luna.

Ese mentón cuadrado, la nariz perfilada y la belleza de ese hombre que no tenía explicación. Ella pudo quedarse en el umbral y solo mirarlo, pero el cuerpo le llamó de nuevo, le dijo que tenía que encontrarse con él, que no podía darle más largas al asunto.

Avanzó lentamente al interior. No sabía muy bien si lo que estaba haciendo tenía sentido pero aquello no le importó demasiado. Finalmente se acercó hacia él y lo miró dormir por unos segundos. Le resultó un poco cómico puesto que imaginó que él se reiría de ella.

Entonces, estiró su brazo para tocarle ligeramente el hombro. Lo hizo con cuidado, procurando no molestarlo. En ese momento, Vincent dio un ligero respingo y abrió los ojos. Lo primero que observó fue la mirada tímida y asustadiza de Samantha.

—¿Qué pasó...?

No pudo seguir hablando porque de repente sintió los labios de ella sobre los suyos. Primero, fue un gesto un poco torpe pero luego ella hizo el esfuerzo por hacerlo lo mejor posible. Así que se relajó y dejó que todo lo que estaba sintiendo en ese momento, tomara el protagonismo de la situación.

Su lengua buscó la de él para luego entrelazarse en una sola. Poco después, Vincent estiró las manos para tomarla de la cintura y traerla hacia sí. La apretó con fuerza y en seguida escuchó unos cuantos gemidos de ella. Por dentro sonrió y siguió acariciándola, poco a poco se dio cuenta que su ser dominante estaba saliendo más a flote.

Samantha se subió a su cama y su regazo. Sus piernas quedaron abiertas y su cintura al disposición de las manos de él que no dejaban de tocarla. Era un hombre que sabía lo que estaba haciendo, sin duda, pero ella tenía miedo

porque no tenía experiencia en el sexo y eso se podía notar. No quería quedar en ridículo.

Vincent estaba desesperado, con un nivel de deseo que no había experimentado antes. Era como estar hambriento y sediento a la misma vez, no entendía muy bien de dónde salía todo eso, pero no quería desaprovechar la oportunidad del fuego de sus emociones.

Sin embargo, tenía claro que ella no tuvo la oportunidad de experimentar la intimidad, por la manera en cómo se estaba comportando. La sentía nerviosa y también un poco tímida, además, sus caricias carecían un poco de naturalidad, así que procuró ir más lento, para gozar debidamente de ese bello cuerpo.

La situación se volvió más intensa, más picante. Las manos de Vincent se dispusieron a quitarle la ropa a esa mujer con rapidez para que ella quedara completamente desnuda. La timidez de Samantha la hizo ver como una hermosa y tímida mujer.

—Tranquila, si no quieres hacer algo, no dudes en decírmelo.

Pero fue obvio que ella lo quería. Lo ansiaba de una manera que ni siquiera lo podía explicar. El nerviosismo que sentía, se mezcló muy bien con las ganas de tener a ese hombre entre sus piernas. No podía más.

Tomó su rostro entre sus manos y lo miró fijamente, le sonrió con dulzura y lo besó con ese mismo fuego que habitaba en ella. Samantha no podía dejar de pensar en la necesidad de ser de él, como si no viera el momento de doblegarse y entregar su voluntad lo más rápido posible. Quería lamerlo, mirarlo a los ojos, dejarse por completo.

Vincent, mientras, entretejió sus dedos en ese cabello negro y largo, con ese aroma que lo tenía atrapado y seducido también. La sostuvo entonces con más fuerza y decisión, quiso dejarle en claro que quería tenerla para sí y que haría lo que fuera para hacerlo.

Con un rápido movimiento, Vincent la colocó sobre la cama y toda su humanidad se puso sobre la de ella. Sus cuerpos comenzaron a frotarse y los jadeos no tardaron en llegar.

Los labios de él entonces comenzaron a rozar cada parte de ella. Desde el borde del mentón, pasando por su cuello, hasta llegar a sus pechos. Él se detuvo momentáneamente con la intención de admirarlos. Le encantó lo firmes que se sentían, además de la dureza exquisita de los pezones de ese tono oscuro.

No pudo más y sacó su lengua para lamerlos. Al principio lo hizo con

suavidad, pero luego procedió a hacerlo con un poco más de firmeza, al punto en que sus dientes sirvieron para ejercer un poco de presión en ese lugar.

Las manos de Samantha se apoyaron del cabello de Vincent mientras él la recorría de esa manera tan exquisita. Gracias a las mordidas y lamidas, no podía dejar de gemir ni de jadear. Estaba, de hecho, en un punto de excitación tal que pensó que se iba a deshacer en cualquier momento.

Justo después, la boca de él comenzó a descender poco a poco por todo su cuerpo. Se emocionó cuando llegó a su torso pero se exaltó aún más cuando llegó a su vientre. El aliento caliente de él la estremeció y gracias a ello comenzó a temblar. No obstante, las manos de él la sujetaron con fuerza, de modo que sus dedos se enterraron más en esa piel tostada y suave.

La sed que tenía de ella no lo podía ni siquiera analizar. Era algo que lo tenía ciego, ansioso. Vincent sabía muy bien el tema del deseo y la lujuria, no obstante, todo aquello que estaba experimentando le vino como una fuerza sobrenatural.

Samantha abrió las piernas y dejó expuesto la belleza de ese coño de labios gruesos con pliegues suaves, de bordes oscuros y empapados de ese fluido. La boca de Vincent se hizo agua, así que fue directamente fue allí para chuparla.

El primer contacto con la lengua de ese hombre, la hizo sentir que estaba por las nubes. La sensación se volvió increíblemente más poderosa cuando él se afincó más y más en ella. Paralelamente, él no dejaba de hacer ruidos y gemidos, estaba inmerso en una serie de sensaciones increíbles y poderosas.

Se apoyó aún más en ella porque estaba dispuesto de dominarla de todas las maneras posibles. Al final, cuando pensó que su verga iba a reventar, se incorporó. Cuando lo hizo, la miró echada, roja y con la mirada perdida en la lujuria. En ese momento, relamió sus labios para degustar aún más la exquisitez de ese coño que acababa de comer.

Se inclinó un poco con la intención de masturbarla un poco. Introdujo un dedo y de inmediato se percató que se trataba de un coño estrecho y exquisito. Luego hizo el intento de masturbarla con otro dedo, así que pudo introducir un par para comenzar a moverlos en el interior. Ella no paraba de retorcerse ni de gemir.

Dejó de masturbarla para ahora así follarla. La oscuridad daba un ambiente íntimo y también intenso, la luz que entraba de la ventana bañaba los cuerpos que estaban adorándose y comiéndose entre sí.

Al cabo de un momento, Vincent se preparó para follarla. Por un momento

pensó si se trataría de una acción conveniente, pero ella lo llamaba con los ojos y con la boca, estaba desesperada por sentirlo y él también lo estaba. Era obvio.

Se quitó entonces la única prenda de ropa que tenía encima, un pantalón de pijama que lucía por cuestiones de formalidad. Luego de hacerlo con rapidez, Samantha fijó los ojos en el cuerpo de él: macizo, fuerte, con los músculos marcados en todas partes. Sin embargo, el resto de la atención se la robó su cadera y su pene. Esa zona estaba sensualmente definida... Aquello sirvió como el marco perfecto para la verga. Una verga larga, grande y venosa.

Ella se asustó momentáneamente, pero la verdad fue que estaba tan excitada que no podía ni consigo misma. Así que abrió más las piernas para darle a entender que estaba esperándolo ansiosamente.

Vincent fue hacia ella, acoplándose lentamente de manera que sus pelvis quedaron unidas con rapidez. Él estiró su mano para tocarle el cabello, acariciarlo un poco y también para tomárselo con fuerza. Lo haló un poco, lo suficiente como para hacerle entender que era él quien tenía el control de la situación.

La emoción creció más cuando Samantha sintió el calor de la verga de él asomándose en su coño. Respiró profundo mientras él seguía dándole besos por todas partes. Luego, Vincent se acomodó lo suficiente como para que pudiera propiciar la penetración.

Las piernas abrazaron el torso de él con fuerza, mientras que él iba empujando su verga dentro de su coño. Se sentía increíblemente estrecho, caliente y húmedo. La verdad que no pensó que fuera capaz de experimentar algo remotamente parecido. Siguió más y más, con episodios en donde se frenaba a sí mismo para no ser demasiado agresivo.

En esos instantes ella sentía que no sería capaz de aguantar puesto que la mezcla de placer y dolor era muy intensa. Él la rompía con decisión, entregándole así su virginidad y parte de su inocencia.

Ella abrió más las piernas para recibirlo por completo, y gracias a ello, él quedó completamente dentro de Samantha. Los dos se quedaron así, quietos por un rato. Por un lado, Vincent lo hizo para no sobreexponerla, mientras, por el otro, también lo hizo porque le encantaba la estrechez y la suavidad de ese delicioso interior.

Luego comenzó a moverse en ese delicioso vaivén que producía ese roce intenso y delicioso. Siguieron en esa misma posición y continuaron así por un largo rato. Las manos de Samantha estaban enterradas en esa espalda ancha y

fuerte, a la vez que iba más y más dentro de ella.

Samantha no pensó que fuera capaz de experimentar una situación así. Entre todo el sufrimiento y el estrés que tuvo que pasar, pareció que su recompensa era esa. El estar bajo la protección de ese hombre que parecía ser fatal pero también dulce, él tenía esa combinación que le pareció inexplicable y también misteriosa. Por una vez, no quiso pensar más al respecto porque no era momento y porque tampoco quería.

De vez en cuando, Vincent se incorporaba para verla a los ojos y así perderse en ellos, luego combinaba el gesto con besos y agarrones fuertes. En esos momentos, él sentía que su ser como Dominante salía y procuraba dejarlo libre para gozar aún más la ocasión.

Aunque estaba disfrutando de ese instante, él experimentó unas enormes ganas de cambiar de posición, por ello, la tomó por la cintura y de nuevo se valió de su fuerza para colocarla sobre la cama en cuatro.

Ella estaba toda roja y agitada, con los brazos y piernas temblorosos, con el sudor por la sien y con la media sonrisa que no se podía quitar del rostro porque estaba genuinamente feliz.

Vincent notó de inmediato la disposición que mostró ella. Se inclinó un poco hacia atrás para exponer más sus nalgas grandes y giró un poco la cabeza con la intención de verlo. Estaba lista para él, estaba dispuesta a entregarse por completo.

Las manos de él se posaron de inmediato sobre esa piel y sobre ese culo. Lo sintió firme y suave, por lo que no pudo evitar proporcionarle una serie de descontroladas nalgadas.

Después de todos esos impactos, los cuales además sirvieron para hacerle sentir a ella que era una especie de sumisa, Vincent se acomodó lentamente hasta que la penetró de un solo golpe. El grito que ella manifestó prácticamente retumbó por las paredes de la habitación... A modo que eso también resultó excitante para él.

Se sostuvo de las caderas y comenzó a penetrarla con fuerza, con determinación. Samantha no paraba de gritar ni de gemir. De hecho, sus manos estaban aferradas a las sábanas con intensidad, puesto que parecía que era lo único que podía hacer para resistir esas deliciosas embestidas.

Al cabo de un tiempo, cuando Vincent pensó que ya no lo podía reprimir más, se estiró un poco con la finalidad de llevar su mano al cuello de ella. Lo apretó un poco e hizo que Samantha se levantara levemente, hasta que su oído quedó cerca de los labios de él.

De inmediato, ella experimentó el calor de su aliento acariciándole la piel. En ese momento lo escuchó decir:

—Eres mía ahora. Eres mía y desde este momento me perteneces.
¿Entendiste?

—Sí... Sí...

—¿Sí, qué?

—Sí... Amo.

Después de decir estas palabras, ella esbozó una sonrisa... Por fin encontró aquello que con tanta desesperación había buscado desde niña. Por fin encontró su identidad.

EPÍLOGO

Ahí estaba ella, peinándose el cabello y mirándose al espejo. Dentro de poco su amante llegaría y quería verse lo más linda posible para él. En un momento, Samantha se miró al espejo y se dio cuenta de lo mucho que había cambiado como mujer.

Ya no tenía el cabello largo, de hecho se lo cortó hasta dejárselo por los hombros, ganó un poco de peso y eso se tradujo en curvas pronunciadas y en pechos más grandes. Su piel se veía más suave y también bronceada, por si fuera poco, aprendió a maquillarse y también a vestirse un poco mejor. Parecía mentira que hacía tiempo había llegado a esa casa cubierta de polvo y restos de vidrio en la cara. Se sentía completamente diferente.

Después de esa noche juntos, Vincent le confesó que era un Dominante, así que los dos hablaron durante largas horas al respecto. Él le explicó cómo eran las cosas y cómo aquello representaba un elemento importante en su vida. Samantha encontró sentido en todo aquello, principalmente porque sentía la necesidad de pertenecerle, de ser de él por completo.

Así pues, comenzó su entrenamiento. Vincent le enseñó el placer detrás del dolor, el sexo duro y rudo, las caricias, los azotes y las ahorcadas. Cada vez más, las sesiones se volvieron más intensas física y emocionalmente. Sin embargo, ella sintió que no se había equivocado en su decisión, que era lo correcto.

Paralelamente, ella se descubrió a sí misma de una manera que nunca sospechó. Se volvió más segura y más independiente, quiso estudiar y también trabajar. Por lo que, por cuestiones del destino, terminó como administradora del club. Regresó a ese lugar que había sido un tormento para ella durante tanto tiempo, pero que ahora lo miraba con otros ojos. Ahora tenía la oportunidad de hacer las cosas bien y de manera diferente. Estaba dispuesta a dar lo mejor de sí misma.

La relación con Vincent también cambió. Ya no sólo era sexo o dominación, sino también había algo más. Él comprendió que necesitaba de ella, que le gustaba estar a su lado porque lo hacía mejor persona. Eso antes nunca le había pasado. Así pues, para Samantha, pensar en Vincent era

sinónimo de sonreír.

Aún sentada frente al espejo, llevó sus dedos hasta el collar que tenía. Uno de cuero fino que servía como recordatorio de que era propiedad de él y de nadie más. Así pues, se sintió conforme con eso porque le hizo pensar que la conexión que había entre los dos era muy fuerte.

Miró entonces el reloj que tenía cerca. Ya era hora. Se levantó con lentitud y dejó caer la bata negra de seda. Sólo tenía bragas, sostén y unas medias de nylon negras. Tomó el fute que estaba sobre la mesa de noche y salió de la habitación para bajar las escaleras.

Lo hizo con cuidado porque quería que fuera una sorpresa. Al estar abajo, se agachó y se colocó el fute en la boca. Esperó un rato hasta que escuchó unos pasos. Era él.

La perilla de la puerta giró suavemente y Vincent se encontró con una imagen deliciosa. Su sumisa, su ramera estaba esperándolo. Entonces, en cuanto entró, no dijo nada, más bien dejó sus cosas a un lado y se acercó a ella lentamente.

—Qué bien se porta mi puta. Bien, vamos a ponernos a jugar como se debe.

En ese momento, él se quitó el saco y se dobló las mangas. Estaba listo para castigarla y hacerla suya. Ella, mientras lo miraba con atención, se dio cuenta que era de él más que nunca... Y siempre sería así.

NOTA DE LA AUTORA

Espero que hayas disfrutado del libro. **MUCHAS GRACIAS** por leerlo. De verdad. Para nosotros es un placer y un orgullo que lo hayas terminado. Para terminar... con sinceridad, me gustaría pedirte que, si has disfrutado del libro y llegado hasta aquí, le dediques unos segundos a **dejar una review en Amazon**. Son 15 segundos.

¿Porqué te lo pido? Si te ha gustado, ayudarías a que más gente pueda leerlo y disfrutarlo. Los comentarios en Amazon son la mejor y prácticamente la única publicidad que tenemos. Por supuesto, quiero que digas lo que te ha parecido de verdad. Desde el corazón. El público decidirá, con el tiempo, si merece la pena o no. Yo solo sé que seguiremos haciendo todo lo posible por escribir y hacer disfrutar a nuestras lectoras.

A continuación te dejo un enlace para entrar en nuestra lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Además, entrando en la lista de correo o [haciendo click en este enlace](#), podrás disfrutar de dos audiolibros 100% gratis (gracias a la prueba de Audible). Finalmente, te dejo también otras obras que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo. Gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor. *Ah, y si dejas una review del libro, no sólo me harías un gran favor... envíame un email (editorial.extasis@gmail.com) con la captura de pantalla de la review (o el enlace) y te haremos otro regalo ;)*

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis recibirás gratis “La Bestia Cazada” para empezar a leer :)

www.extasiseditorial.com/unete

www.extasiseditorial.com/audiolibros

www.extasiseditorial.com/reviewers

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo – Laura Lago](#)

[Romance, Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)

[\(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible\)](#)

Esclava Marcada – Alba Duro

Sumisión, Placer y Matrimonio de Conveniencia con el Amo Millonario y Mafioso
(Gratis en Audiolibro con la Prueba de Audible)

Sumisión Total – Alba Duro

10 Novelas Románticas y Eróticas con BDSM para Acabar Contigo
(¡10 Libros GRATIS con Kindle Unlimited o al precio de 3x1!)

“*Bonus Track*”

— *Preview de [“La Mujer Trofeo”](#)* —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de

moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de

todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario

que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un

club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.